

**THE PENNSYLVANIA
STATE UNIVERSITY
LIBRARIES**







¿QUÉ DEBIÓ PASAR ENTÓNCE POR EL ALMA DE COLON?

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

CRISTÓBAL COLÓN

(1436-1506)

POR

JULIO VERNE

DIBUJOS DE BENETT.

FACSIMILES DE GRABADOS ANTIGUOS POR MATTHIS

MAPA POR DUBAIL



LIBRERIA DE CH. BOURET

PARIS

23, CALLE VISCONTI, 23

MEXICO

14, CALLE DEL 5 DE MAYO, 14

1884

Propiedad del Editor

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

INDICE DE LOS MAPAS Y LÁMINAS

REPRODUCIDOS EN FACSIMILES CONFORME Á LOS ORIGINALES,
CON INDICACION DE SU PROCEDENCIA.

Cristóbal Colon. — Dibujado segun PAUL JOVE. <i>Vitæ illustrium virorum.</i> — Basileæ, Parna, en fol	Portada.
Un Puerto español. — Segun TH. DE BRY, <i>Grandes viajes, America</i> , pars IV, lámina I.	9
Construccion de una carabela. — Segun TH. DE BRY, <i>Grandes viajes, America</i> , pars IV, lámina XIX.	13
Cristóbal Colon sobre su carabela. — Segun TH. DE BRY, <i>Grandes viajes, America</i> , pars IV, lámina IV.	29
Mapa de las Antillas y del Golfo de México. — Segun TH. DE BRY, <i>Grandes viajes, America</i> , pars IV.	66-67
Embarque de Cristóbal Colon. — Segun TH. DE BRY. <i>Grandes viajes, America</i> , pars IV, lámina VIII.	89
Pescadores de Perlas. — Segun TH. DE BRY, <i>Grandes viajes, America</i> , pars IV, lámina XII.	95
Minas de oro en Cuba. — Segun TH. DE BRY, <i>Grandes viajes, America</i> , pars V, lámina I	111

CRISTÓBAL COLON

1436-1506

I

Descubrimiento de la isla Madera, de las islas de Cabo Verde, de las Azores, de la Guinea y del Congo. — Bartolomé Diaz. — Cabot y el Labrador. — Tendencias geográficas y comerciales de la edad media. — Error admitido generalmente sobre la distancia que separa la Europa del Asia. — Nacimiento de Cristóbal Colon. — Sus primeros viajes. — Son rechazados sus proyectos. — Su permanencia en el convento de los Franciscanos. — Es recibido al fin por Fernando é Isabel. — Su tratado de 17 de abril de 1492. — Los hermanos Pinzon. — Armamento de tres carabelas en el puerto de Palos. — Partida del 3 de agosto de 1492.

El año 1492 es célebre en los anales geográficos. Es la fecha memorable del descubrimiento de América. El genio de un hombre iba, por decirlo así, á completar el globo terrestre, justificando aquel verso de Gagliuffi :

Unus erat mundus ; duo sint, ait iste : fuere.

El antiguo mundo debia pues encargarse de la educacion moral y política del nuevo. ¿Hallábase á la al-

tura de esta empresa con sus ideas aún estrechas, sus ideas semibárbaras, sus odios religiosos? Los hechos responderán.

¿Qué había pasado entre el año 1405, á fines del cual Juan de Bethencurt acababa de terminar su colonización de las Canarias y el año 1492? Vamos á referirlo en pocas líneas.

Debido á los árabes, que bien pronto iban á ser arrojados de España, se había producido en toda la Península un movimiento científico considerable. En todos los puertos, pero sobre todo en los de Portugal, se hablaba de aquella tierra de Africa y de los países del otro lado de los mares, tan ricos y tan maravillosos. « Mil relatos, dice Michelet, inflamaban la curiosidad, el valor y la avaricia; se querían ver aquellas misteriosas comarcas en que la naturaleza había prodigado los monstruos y en que había sembrado el oro en la superficie de la tierra. » Un jóven príncipe, el infante don Enrique, duque de Vizeu, tercer hijo de Juan I, que se había dedicado al estudio de la geografía y de la astronomía, ejerció sobre sus contemporáneos una influencia considerable; á él debe Portugal el desarrollo de su poder colonial, y las repetidas expediciones cuyos relatos entusiastas y cuyos resultados grandiosos debían inflamar la imaginación de Cristóbal Colon.

Establecido en la punta meridional de la provincia

del Algarbe, en Sagres, desde donde sus miradas abrazaban la inmensidad del océano y parecían buscar en él alguna tierra nueva, hizo levantar don Enrique un observatorio, creó un colegio marítimo en el que los hombres ilustrados trazaban los mapas más correctos y enseñaban el uso de la brújula; se rodeó de los eruditos de su tiempo y reunió preciosos datos acerca de la posibilidad de dar la vuelta al Africa y de llegar á las Indias. Sin que jamas tomara parte en ninguna expedicion marítima y sin más que su decision y su proteccion á los marinos, la historia ha concedido á don Enrique el sobrenombre de *Navegante*, con el cual es conocido.

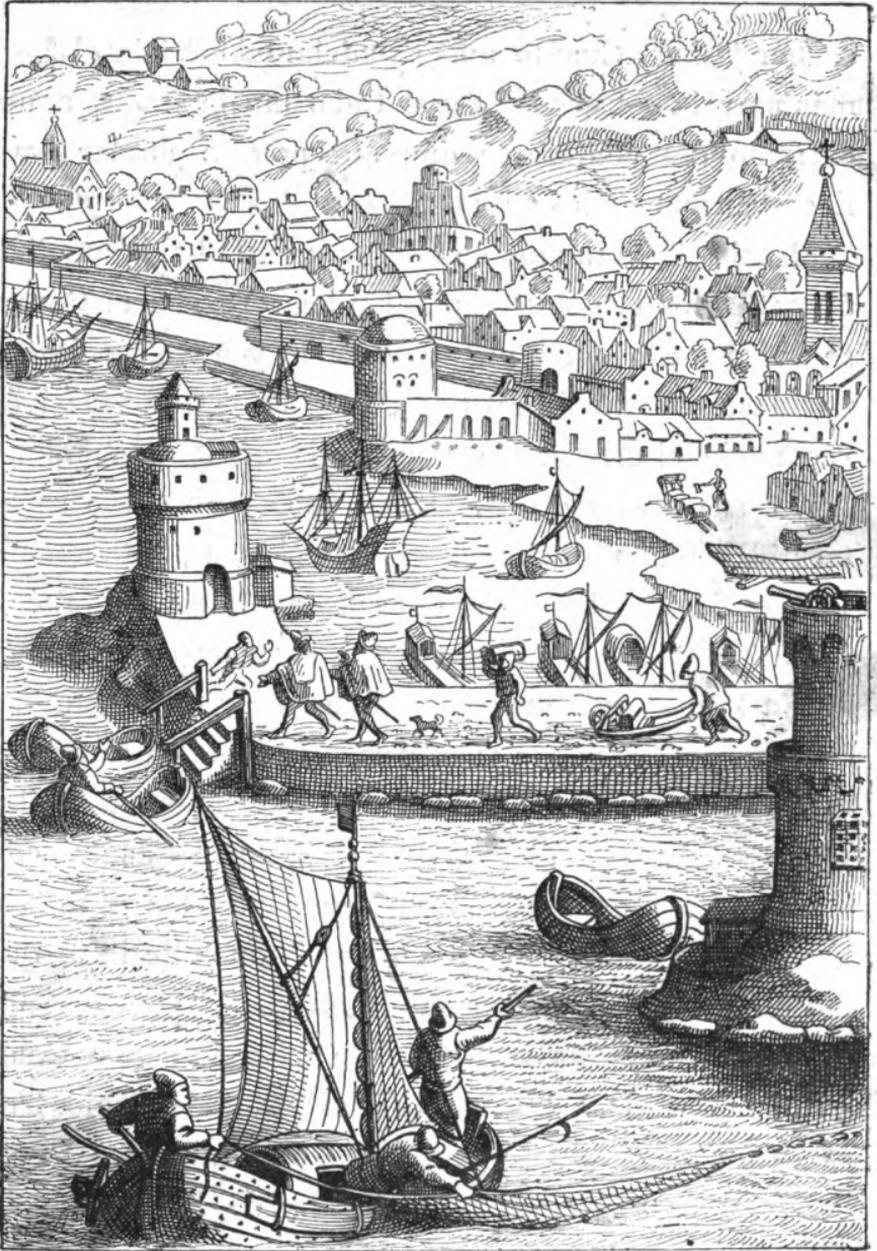
Ya había sido doblado el cabo Non, ese límite fatal de los navegantes antiguos, cuando en 1418 dos nobles de la córte del rey Enrique, Juan Gonzalez Zarco y Tristan Vaz Teixeira, fueron arrastrados mar adentro y arrojados á un islote á que dieron el nombre de Puerto Santo. Algun tiempo despues, navegando hácia un punto negro que permanecia fijo en el horizonte, descubrieron una extensa isla cubierta de magníficos bosques. Era la isla Madera.

En 1433 fué doblado el cabo Bojador, que por mucho tiempo habia detenido á los exploradores, por los portugueses Gillianes y Gonzalez Baldaya, que se adelantaron hasta 40 leguas más allá.

Envalentonados por este ejemplo Antonio González y Nuño Tristan, se adelantaron en 1441 hasta el cabo Blanco, hácia los 21 grados de latitud, « exploracion, dice Faria y Souza, que en la opinion comun no vale ménos que los gloriosos trabajos de Hércules » y trajeron á Lisboa una cantidad de oro en polvo que producía el *Rio del oro*. En un segundo viaje Tristan reconoció algunas de las Islas de Cabo Verde y se adelantó hasta Sierra Leona. Durante el curso de esta expedicion había comprado á los traficantes moros, en la costa de Guinea, unos diez negros que llevó á Lisboa y que vendió allí á gran precio porque excitaban vivamente la curiosidad pública. Tal fué el origen de la trata de negros que durante cuatro siglos debia arrebatár al Africa tantos millones de habitantes, llegando á ser el oprobio de la humanidad.

En 1441, Cada Mosto, dobló el Cabo Verde y exploró una parte de la costa inferior.

Adelantándose por alta mar á sus predecesores, en 1446, los portugueses encontraron el Archipiélago de las Azores. Desde entónces fué vano ya todo temor. Se había franqueado aquella temible línea donde se creía que el aire quemaba como el fuego; se sucedieron las expediciones sin interrupcion, y ninguna volvió sin haber aumentado el número de las regiones descubiertas. Parecía que aquella costa de Africa no debia



UN PUERTO ESPAÑOL.

acabar jamas. Cuanto más se adelantaba hácia el Sur, más parecia retroceder aquel Cabo tan buscado, aquel extremo del continente que era preciso doblar para llegar al mar de las Indias.

Hacia algun tiempo que el rey Juan II habia añadido á sus títulos el del señor de Guinea. Ya con el Congo se habia descubierto un nuevo cielo y estrellas desconocidas, cuando Diego Cam, en tres viajes sucesivos reconoció el Africa hasta más allá de lo que habian hecho sus predcesores, y faltó poco para que arrebatara á Diaz el honor de haber reconocido la punta austral del continente. El punto extremo adonde llegó, fué á los 21° 50' Sur. Allí está el cabo Cros, y allí levantó, segun la costumbre un *padron*, es decir, una columna conmemorativa que pudiera servir de señal en cualquier tiempo. A su vuelta visitó al rey del Congo en su capital y llevó á Lisboa un embajador, llamado Casuta, con un séquito numeroso de africanos que todos iban á hacerse bautizar é instruir en los dogmas de la fe que despues debian propagar en el Congo.

Poco tiempo despues de la vuelta de Diego Cam, en el mes de agosto de 1487, salieron del Tajo tres carabelas al mando de un caballero de la casa del rey, llamado Bartolomé Diaz, veterano de los mares de Guinea. Llevaba á sus órdenes á Juan Infante, marino muy experimentado y á su hermano Pedro Diaz,

capitan del más pequeño de los buques, el cual iba encargado de los víveres.

No poseemos ningun detalle acerca de la primera parte de esta memorable expedicion. Sólo sabemos, según Juan de Barros, al cual es preciso acudir á cada momento para saber todo lo que se refiere á las navegaciones de los portugueses, que del lado allá del Congo siguió la costa hasta el paralelo 29, llegando á un fondeadero que denominó de las *Vueltas* á causa de las bordadas que tuvo que dar para llegar á él, y donde dejó la más pequeña de las carabelas al cuidado de nueve marineros. Despues de haber estado cinco dias detenido en aquel pequeño puerto á causa del mal tiempo, salió á la mar y se dirigió hácia el Sur, viéndose por espacio de trece dias acosado por la tempestad.

Cuanto más adelantaba hácia el Sur, más bajaba la temperatura y se hacia relativamente rigurosa. Por fin se calmó la furia de los elementos, y Diaz puso la proa al Este adonde esperaba encontrar la tierra. Pero al cabo de algunos dias, encontrándose á los 42° 54' de latitud Sur, hizo rumbo al Norte, echando el ancla en la bahía de los *Vaqueros*, llamada así por los rebaños de animales de cuernòs y los pastores que habia en la playa y que se internaron en el país á la vista de las dos carabelas. En aquel momento se encontraba Diaz á cuarenta leguas al Este del cabo de Buena Esperanza que habia

doblado sin apercibirse de ello. Hizo agua la expedición, llegó á la bahía de *San Blas* (hoy Mossel-Bay) y subió la costa hasta la bahía de la *Algua* y hasta la isla de la *Cruz* donde levantó un *padron*. Pero las tripulaciones, abatidas por los peligros que acababan de afrontar, y cansadas de la mala calidad y escasez de los víveres, declararon en aquel punto que no querían seguir más léjos. « Además, decían, puesto que la costa corre ahora hácia el Este será mejor ir á reconocer ese cabo que hemos doblado sin saberlo. »

Reunió Diaz su consejo y obtuvo que subirían aún hácia el Nordeste dos ó tres dias más, y merced á su firmeza, pudo llegar á veinticinco leguas de la Cruz á un rio que llamó con el nombre de su segundo, *Rio Infante*; pero habiendo rehusado su tripulación seguir más léjos, se vió obligado á tomar la vuelta á Europa.

« Cuando se separó, dice Barros, del pilar que habia levantado en este sitio, lo hizo con tal sentimiento de amargura, con tal dolor, que se hubiera dicho que dejaba un hijo desterrado para siempre, sobre todo cuando pensaba en los peligros que él y todos los suyos habian corrido y en la region lejana de que habian tenido que venir solamente para plantar allí aquel límite, ya que Dios no les habia concedido realizar el objeto principal de su empresa. »

Por fin descubrieron aquel gran cabo « oculto durante

tantos cientos de años, y al que el navegante y sus compañeros llamaron el cabo de las Tormentas en recuerdo de los peligros y de las tempestades que habian tenido que sufrir ántes de doblarlo. »

Con aquella intuicion que es atributo de los hombres de genio substituyó Juan II el nombre de cabo de las Tormentas con el de Cabo de Buena Esperanza. Para él el camino de las Indias estaba ya abierto desde aquel momento, y sus vastos proyectos para la extension del comercio y de la influencia de su patria iban á poder realizarse.

El 24 de agosto de 1488 entró Diaz por segunda vez en Angra de las Vueltas. De los nueve hombres que habia dejado allí seis habian muerto, y el séptimo murió de alegría al ver á sus compatriotas. Efectuóse la vuelta sin incidentes dignos de notar y despues de una detencion en la costa de Benin donde se hizo la trata y en la Mina donde recibió del gobernador la plata procedente del comercio de la colonia, llegó la expedicion á Portugal en el mes de diciembre de 1488.

Y cosa estraña, Diaz no solamente no obtuvo ninguna recompensa por aquel viaje atrevido y coronado por el éxito sino que parece haber sido desgraciado porque durante diez años no se le vió empleado, ántes por el contrario, se otorgó á Vasco de Gama el mando de la expedicion encargado de doblar el cabo que

él habia descubierto y Diaz no hizo más que acompañarle á sus órdenes hasta la Mina. Allí pudo oír la relacion de la maravillosa campaña hecha por su émulo en la India, y juzgar de la inmensa influencia que semejante suceso debia ejercer en los destinos de su patria.

Diaz formó parte de la expedicion de Cabral que descubrió el Brasil; pero ni aún tuvo la alegría de contemplar las costas cuyo camino habia enseñado. Apenas la flota acababa de dejar la tierra Americana, cuando se desencadenó una terrible tempestad; cuatro buques naufragaron y entre ellos el que mandaba Diaz. Aludiendo á este fin trágico, puso Camoens en boca de Adamastor, el genio del cabo de las Tormentas, esta sombría prediccion : « Haré un terrible ejemplar con la primer flota que pase cerca de estas rocas y señalaré mi venganza en aquel que sea el primero que venga á incomodarme en mi morada. »

En suma, hasta el año de 1497, ó sea cinco años despues del descubrimiento de América no se dobló la punta Austral de Africa por Vasco de Gama, y puede asegurarse que si este último hubiera precedido á Colon, el descubrimiento del nuevo continente se habria seguramente retardado muchos siglos.

En efecto, los navegantes de esta época se mostraban muy tímidos, no atreviéndose á aventurarse en pleno océano; poco resueltos á arrostrar mares desconocidos,



CONSTRUCCION DE UNA CARABELA.

seguian prudentemente la costa africana sin alejarse nunca de ella. Si hubieran pues doblado el cabo de las Tormentas, los marinos hubieran adquirido la costumbre de ir á las Indias por esta via, y ninguno de ellos hubiera pensado en ir al « País de las Especies » es decir, al Asia, aventurándose al traves del Atlántico. En efecto, ¿á quién hubiera ocurrido la idea de buscar el Oriente por las rutas del Occidente?

Precisamente y por estos motivos hallábase esta idea á la órden del dia. « El principal objeto de las empresas marítimas de los portugueses en el siglo XV, dice Cooley, era buscar un paso á las Indias por el Océano. » Los más sabios no llegaban á suponer la existencia de un nuevo continente, por razon de equilibrio y de ponderacion del globo terrestre. Diremos más. Algunas partes del continente americano, habian sido descubiertas. Un navegante italiano, Sebastian Cabot, en 1487, habia fondeado en un punto del Labrador. Los normandos escandinavos habian desembarcado sin duda en estas costas desconocidas. Los colonos de Groenlandia habian explorado la tierra de Vinland; pero era tal la disposicion de los ánimos en esta época, tal lo improbable de la existencia de un nuevo mundo, que aquella Groenlandia, aquel Vinland y aquel Labrador no eran consideradas sino como una prolongacion de las tierras europeas.

Los navegantes del siglo XV sólo trataban, pues, de establecer comunicaciones más fáciles con las costas del Asia. En efecto, la ruta de las Indias, de la China y del Japon, países ya conocidos por las maravillosas relaciones de Marco Polo, esta ruta que atravesaba el Asia Menor, la Persia y la Tartaria, era grave y peligrosa. Por otra parte, estas « vías terrestres » no podían ser nunca comerciales, porque los trasportes eran muy difíciles y muy costosos. Era preciso, pues, buscar una comunicación más practicable. Así es que todos los pueblos del litoral europeo, desde Inglaterra hasta España; todas las poblaciones ribereñas del Mediterráneo, al ver abiertos ante sus bajeles los grandes caminos del Atlántico, debían preguntarse y se preguntaban, en efecto, si conducían á las costas del Asia.

Habiéndose demostrado la forma esférica de la tierra, era exacto este raciocinio. Marchando siempre hácia el Oeste, se debía llegar necesariamente al Este. En cuanto á la ruta al través del Océano, no podía ménos de estar libre. En efecto, ¿quién habia de haber previsto ni sospechado jamás la existencia de un obstáculo de más de tres mil doscientas cincuenta leguas de extension, arrojado entre Europa y Asia, y que se llamó América?

Es preciso observar, por otra parte, que los eruditos de la edad media no creían que las costas del Asia estuvieran situadas á más de dos mil leguas de las de Europa.

Aristóteles suponía el globo terrestre más pequeño de lo que es realmente. « ¿Cuál es la distancia desde las últimas costas de España hasta la India? decía Séneca. La de muy pocos días si el viento es favorable á la nave. » Tal era el parecer de Estrabon. Esta ruta entre la Europa y el Asia, debía ser corta. Además, debían asegurár la facilidad de las comunicaciones trasoceánicas, los puntos de escala, tales como las Azores y las islas Antilia, cuya existencia se admitía en el siglo XV, entre Europa y Asia.

Puede pues afirmarse que este error de distancia tan generalmente admitido, ofreció la ventaja de impulsar á los navegantes de aquella época á intentar la travesía del Atlántico. Si hubieran sabido la verdadera distancia que separa la Europa del Asia, esto es, cinco mil leguas, no se habrían aventurado en los mares del Oeste.

Debemos también decir que algunos hechos daban ó más bien parecían dar la razón á los partidarios de Aristóteles y de Estrabon que creían en la proximidad de las costas orientales. Así, navegando un piloto del rey de Portugal, á cuatrocientas cincuenta leguas del cabo de San Vicente, situado en la punta de los Algarves, encontró un pedazo de madera adornado con esculturas antiguas, que sólo podían provenir de un continente poco lejano. Cerca de la isla Madera habían encontrado unos pescadores un poste esculpido y largos

bambúes que por su forma parecían á los de la península india. Además los habitantes de las Azores encontraban con frecuencia, en sus playas, pinos gigantescos de una especie desconocida, y un día recogieron dos cuerpos humanos « cadáveres de ancha faz, dice el cronista Herrera, que no se asemejaban á los de los cristianos. »

Estos diversos hechos agitaban, pues, las imaginaciones. Como se ignoraba en el siglo XV la existencia del *Gulf-Stream* que al aproximarse á las costas europeas, les trae residuos americanos, había fundamento para atribuir á estos restos un origen puramente asiático. El Asia no se hallaba, pues, muy distante de Europa y las comunicaciones entre estos dos extremos del antiguo continente, debían ser fáciles.

Así es que ningún geógrafo de aquella época pensaba que pudiera existir un nuevo mundo, lo cual conviene consignar categóricamente. No se trataba, pues, de buscar esta ruta del Oeste, de extender los conocimientos geográficos. No : los que se pusieron á la cabeza de este movimiento y los que preconizaron esta travesía del Atlántico, fueron los mercaderes que sólo pensaban en su tráfico y en verificarlo por el camino más corto.

Debe también añadirse que la brújula, inventada según la opinión más general, hácia el año 1302, por

un tal Flavio Gioja, natural de Amalfi, permitia á las embarcaciones alejarse de las costas y aventurarse fuera de la vista de tierra; ademas, Martin Behain y dos médicos de Enrique de Portugal, habian encontrado el medio de guiarse por la altura del sol y de aplicar el astrolabio á las necesidades de la navegacion.

Admitidas estas ventajas, la cuestion comercial de la ruta del Oeste, era tratada diariamente en España, en Portugal, en Italia, país donde la ciencia es obra de la imaginacion, respecto de las tres cuartas partes de sus habitantes. Se discutia y se escribia. Sobrecitados los comerciantes, impulsaban á los doctos al estudio. Formábase un grupo de hechos, de sistemas, de doctrinas, siendo ya tiempo de que una sola inteligencia llegara á reunirlos y se los asimilase. Esto es lo que sucedió. Todas estas ideas esparcidas, concluyeron por acumularse en la cabeza de un hombre que tuvo en un grado extraordinario el genio de la perseverancia y de la audacia.

Este hombre fué Cristóbal Colon, que nació, segun es lo más probable, en Génova, hácia el año 1436. Decimos segun lo más probable, porque las poblaciones de Cogoreo y Nervi reclaman con Savona y Génova, el honor de haberle visto nacer. En cuanto al año exacto del nacimiento de este ilustre navegante, varia segun los comentadores, de 1430 á 1445; pero el año 1436

parece corresponder más exactamente con los documentos ménos discutibles.

La familia de Cristóbal Colon era de condicion humilde. Su padre, Domingo Colon, comerciante en lanas, gozaba, no obstante, cierto desahogo que le permitió dar á sus hijos una educacion superior á la comun. El jóven Colon, el mayor de la familia, fué enviado á la universidad de Pavia, á estudiar gramática, lengua latina, geografía, astronomía y navegacion.

A los catorce años, dejó Colon los bancos de la escuela, por la cubierta de un navío, y preciso es confesar que, desde esta época hasta 1487, aparece muy oscuro este período de su vida. Citemos á este propósito la opinion de Humboldt, que refiere M. Charton, cuyo pesar se aumenta « al ver esta incertidumbre respecto de Colon, cuando recuerda las minuciosidades que han conservado los cronistas acerca de la vida del perro Becerrillo y del elefante Abulababat, que Arun-al-Raschyld envió á Carlomagno ! »

Lo que parece más probable si nos referimos á los documentos del tiempo y á los escritos del mismo Colon : es que el jóven viajero visitó el Levante, el Occidente, el Norte, várias veces Inglaterra, Portugal, la costa de Guinea, las Islas africanas y tal vez tambien la misma Groenlandia, habiendo navegado á la edad de cuarentá años, « todo cuanto se habia navegado hasta su época. »

Cristóbal Colon habia llegado á ser un buen marino. Su bien sentada reputacion, hizo que le eligieran para mandar las galeras genovesas en la época de la guerra de la república con Venecia. El nuevo comandante hizo en seguida una expedicion á las costas berberiscas por cuenta del rey René de Anjou y finalmente en 1477, fué á reconocer las tierras encerradas más allá de los hielos de Islandia.

Terminado felizmente este viaje, volvió á Lisboa, donde habia fijado su domicilio. Allí se casó con la hija de un noble Italiano, Bartolomé Muñiz Perestrello, marino como él y muy entregado á la corriente de las ideas geográficas. Su mujer, doña Felipa, carecia de fortuna como él; así es que necesitó trabajar para vivir. El futuro descubridor del Nuevo Mundo se puso á hacer libros de estampas, á fabricar globos terrestres, mapas geográficos, planos náuticos hasta 1474, sin abandonar sus trabajos científicos y literarios. Es muy probable que durante este período repasara todos sus estudios y que llegase á adquirir una instruccion muy superior á la de los marinos de su tiempo. En esta época ¿fué tal vez cuando germinó por primera vez en su mente. « la grande idea »? Así puede suponerse. Cristóbal Colon siguió con asiduidad las discusiones relativas al camino del Oeste y á la facilidad de las comunicaciones por el Occidente entre la Europa y el Asia. Su correspondencia

prueba que participaba de la opinion de Aristóteles acerca de la distancia, relativamente corta, que separaba las costas extremas del antiguo continente. Escribió con frecuencia á los sabios más distinguidos de su tiempo, á aquel Martin Behain de quien ya hemos hablado, al célebre astrónomo florentino Toscanelli, cuyas opiniones no dejaron de influir en las de Cristóbal Colon.

En esta época, segun el retrato que de él hace su historiador Washington Irving, era un hombre de elevada estatura, robusto y de noble presencia. Tenia la cara larga, la nariz aguileña, los pómulos salientes, los ojos claros y llenos de fuego; la tez viva y salpicada de algunas pecas. Era un cristiano de profundas convicciones que cumplia con una fe sincera los deberes de la religion católica.

En la época en que Cristóbal Colon se hallaba en relaciones con el astrónomo Toscanelli, supo que este, á petición de Alfonso V, rey de Portugal, habia entregado al rey una Memoria sobre la posibilidad de llegar á las Indias por la via del Oeste. Consultado Colon, apoyó con toda su autoridad las ideas de Toscanelli, favorables á esta tentativa, pero este proyecto no tuvo resultado alguno, porque el rey de Portugal, distraido con las guerras que sostenia con España, murió sin haber podido dirigir su atencion á los descubrimientos marítimos.

Su sucesor Juan II, aceptó con entusiasmo los planes combinados de Colon y de Toscanelli. Sin embargo, con una mala fe indigna, trató de despojar á aquellos dos hombres estudiosos del beneficio de su proposicion, y sin avisarles, hizo partir una carabela para tentar esta grande empresa y llegar á la China atravesando el Atlántico. Pero no contó con la inexperiencia de sus pilotos, con la tempestad que se declaró contra ellos, y algunos dias despues de su partida, un huracan hizo volver á Lisboa á los marinos del rey de Portugal.

Justamente resentido Cristóbal Colon por esta accion tan poco delicada, comprendió que no podia contar ya con un rey que le habia engañado tan indignamente. Habiendo enviudado, salió de España con su hijo Diego á fines del año de 1484. Créese que se fué á Génova y despues á Venecia, donde fueron bastante mal acogidos sus proyectos de navegacion transoceánica.

Como quiera que sea, vuelve á encontrársele en España durante el año de 1485. Aquel gran hombre se hallaba sin recursos. Viajaba á pié, llevando en sus brazos á su hijo Diego, de edad de diez años. Pero desde este período de su vida, le sigue la historia paso á paso, no le pierde de vista, y llega á conservar á la posteridad hasta los menores incidentes de esta gran existencia.

Hallábase por entónces Cristóbal Colon en Andalucía, á una media legua del puerto de Palos. Desprovisto de



CRISTÓBAL COLON LLAMANDO Á LA PUERTA DE UN CONVENTO.

todo, pereciendo de hambre, llamó á la puerta de un convento de franciscanos dedicado á Santa María de la Rábida, y pidió la limosna de un poco de pan y de agua para su hijo y para él.

El guardian del convento, Juan Perez de Marchena, concedió hospitalidad al desdichado viajero. Hízole algunas preguntas y quedó sorprendido de la nobleza de su lenguaje, y maravillado de lo atrevido de sus ideas, pues Cristóbal Colon le dió á conocer sus aspiraciones. El marino errante permaneció en este convento hospitalario durante algunos meses. Varios monjes ilustrados se interesaron por él y por sus proyectos. Estudiaron sus planes, tomaron noticias de los navegantes acreditados y, preciso es confesarlo, fueron los primeros que creyeron en el genio de Cristóbal Colon. Juan Perez hizo más; ofreció al padre encargarse de la educacion de su hijo, y le dió una eficaz carta de recomendacion para el confesor de la reina de Castilla.

Aquel confesor, prior del monasterio del Prado, gozaba de toda la confianza de Fernando é Isabel; pero no supo comprender los proyectos del navegante genoves, y no le sirvió de nada cerca de su real penitente.

Cristóbal Colon tuvo que resignarse todavía y esperar. Estableció, pues, su residencia en Córdoba, adonde debia trasladarse en breve la córte, y volvió para procurarse la vida con su oficio de estampero. ¿Podrá ci-

tarse en la historia de los hombres ilustres una existencia más desgraciada y fuera de su centro que la del gran navegante? ¿ Podría maltratarle la fortuna con golpes más redoblados? Pero este hombre de genio, indomable, infatigable, sobreponiéndose á tantas pruebas, no desesperó. Hallábase poseído del fuego sagrado; trabajaba de continuo visitando personajes influyentes, difundiendo y defendiendo sus ideas y combatiendo sin cesar con la más heroica energía. Finalmente, concluyó por obtener la proteccion del gran cardenal, arzobispo de Toledo, don Pedro Gonzalez de Mendoza, y gracias á él fué admitido á la presencia del rey y de la reina de España.

Cristóbal Colon debió creer entónces que tocaba el término de sus tribulaciones. Fernando é Isabel acogieron favorablemente su proyecto, que fué sometido al exámen de un concilio de sabios, de prelados y de religiosos reunidos *ad hoc*, en un convento de dominicos de Salamanca.

Pero el desgraciado solicitante no habia llegado al término de sus vicisitudes. En aquella asamblea estuvieron todos los jueces contra él. En efecto, sus ideas se rozaban con las cuestiones religiosas tan apasionadas en el siglo XV. Los Padres de la Iglesia habian negado la esferoidad de la tierra, y por consiguiente, puesto que la tierra no era redonda, un viaje de circunnave-

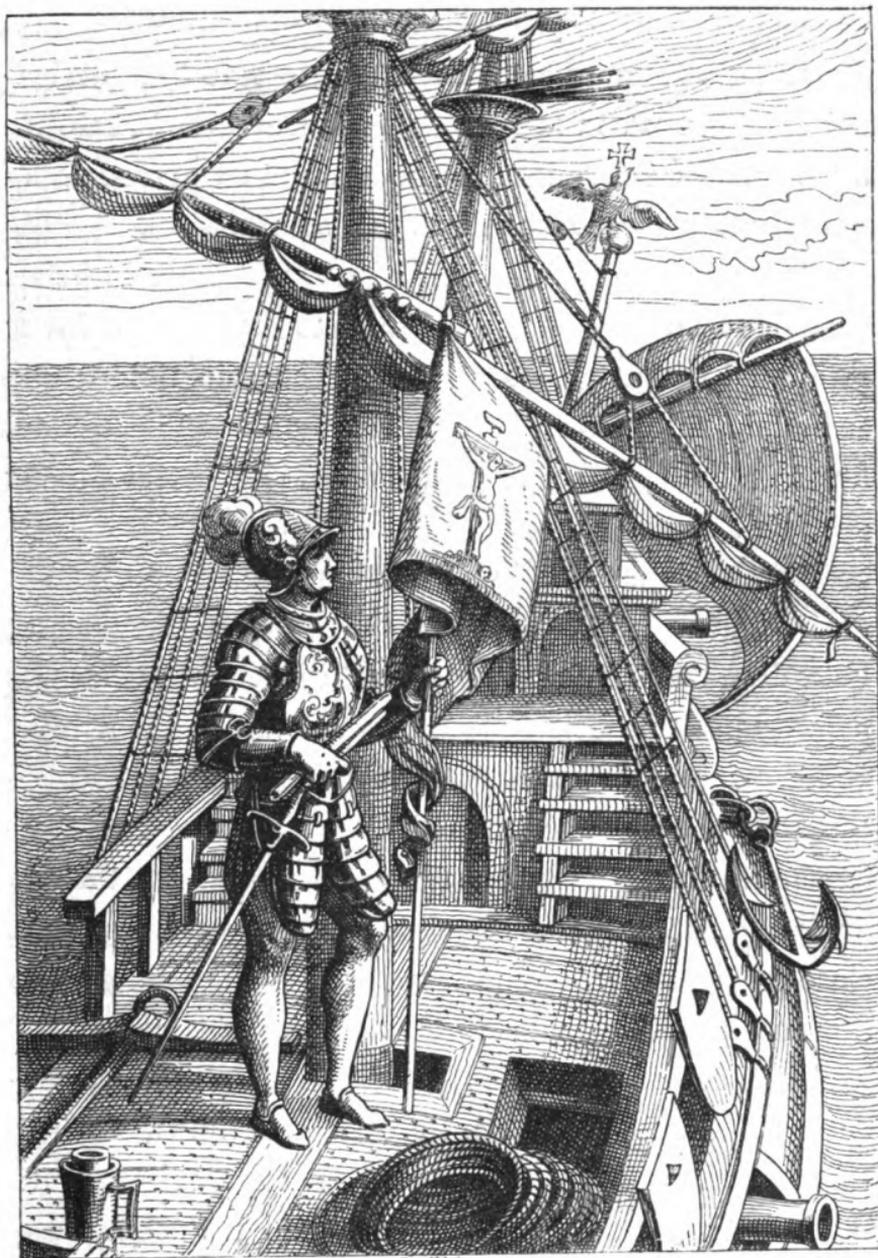
gacion estaba absolutamente en contradiccion con los testos de la Biblia, y no podia comprenderse lógicamente. « Por otra parte, decian aquellos teólogos, si se llegaba á bajar al otro hemisferio, ¿cómo se podria volver á subir á este? »

Semejante argumento era de gran peso para aquella época. Así, Cristóbal Colon se vió casi acusado del más imperdonable de los crímenes en un país intolerante, es decir, del crimen de herejía; y si bien pudo librarse de las malas disposiciones del concilio, quedó aplazado todavía el estudio de su proyecto.

Así trascurrieron muchos años. El pobre hombre de genio, desesperando de conseguir resultado favorable en España, envió á su hermano al rey de Inglaterra, Enrique VII, á ofrecerle sus servicios; pero el rey no le contestó probablemente.

Entónces Cristóbal Colon volvió con una nueva instancia al rey Fernando; pero este se hallaba á la sazón empeñado en su guerra de exterminio contra los moros, y hasta 1492, en que los hubo arrojado de España, no prestó nuevamente oido al genovés.

Esta vez se examinó maduramente el proyecto. El rey consintió en intentar la empresa; pero como es propio de almas bien templadas, Cristóbal Colon quiso imponer sus condiciones. ¡Regateó al que debia enriquecer á España! Colon indignado iba sin duda á aban-



CRISTÓBAL COLON SOBRE SU CARABELA.

donar para siempre este ingrato país; pero la reina Isabel conmovida con la idea de convertir á la fe católica á los infieles del Asia, hizo conducir á su presencia la navegante y accedió á todas sus demandas.

Así, pues, solamente á los diez y ocho años de haber concebido su proyecto, y á los siete despues de haber salido del monasterio de Palos, fué cuando Colon, que se hallaba entónces en los cincuenta y seis años de edad, firmó en Santa Fé, el 17 de abril de 1492, su tratado con el rey de España.

Nombróse á Cristóbal Colon por convenio solemne gran almirante de todas las tierras que descubriese. Esta dignidad debia pasar á sus herederos y sucesores perpetuamente. Cristóbal Colon fué nombrado virey y gobernador de las nuevas posesiones que esperaba conquistar en la rica comarca del Asia. Tambien debia pertenecerle como patrimonio propio la décima parte de las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias y toda clase de efectos y mercancías de cualquier manera que fueran obtenidas en los límites de su jurisdiccion.

Todo estaba convenido, y Cristóbal Colon iba á ejecutar al fin sus proyectos. Pero, lo repetimos, no pensaba encontrar aquel nuevo mundo, cuya existencia en manera alguna sospechaba. Su objeto era « buscar el Oriente por el Occidente, y pasar por la via del Oeste á la tierra donde se producen las especias. » Hasta se

puede asegurar que Colon murió en la creencia de que habia llegado á las costas del Asia sin haber sabido jamas que hubiese descubierto la América. Pero esto no disminuye en manera alguna su gloria. El encuentro del nuevo continente no fué más que una casualidad. Lo que asegura á Colon una fama inmortal es aquel genio audaz que le impulsó á arrostrar los peligros de un nuevo océano; á alejarse de las costas de donde ningun navegante se habia atrevido á apartarse hasta entónces; á aventurarse sobre aquellas olas en las frágiles embarcaciones de aquella época que podian sumergirse á la primera tempestad; á lanzarse, en fin, en el sombrío espacio desconocido de los mares.

Cristóbal Colon comenzó sus preparativos. Entendióse con los ricos navegantes de Palos, los tres hermanos Pinzon, que hicieron los adelantos necesarios para completar el armamento.

Tres carabelas fueron equipadas en el puerto de Palos. Llamábanse la *Gallega*, la *Niña* y la *Pinta*. La *Gallega* debia mandarla Cristóbal Colon, quien la bautizó con el nombre de *Santa María*. La *Pinta* era mandada por Martin Alonso Pinzon, y la *Niña* por los hermanos de este, Francisco Martin y Vicente Yañez Pinzon. Fué difícil formar las tripulaciones porque los marineros se asustaban de la empresa. Sin embargo, consiguió reunir un efectivo de ciento veinte hombres.

El viénes 3 de agosto de 1492, el almirante franqueaba á las ocho de la mañana la barra de Saltes, situada cerca de la ciudad de Huelva, en Andalucía, aventurándose con sus tres carabelas de medio puente sobre las olas del Atlántico.

II

Primer viaje : la Gran Canaria. — Gomera. — Variacion magnética. — Síntomas de rebélion. — ¡Tierra! ¡tierra! — San Salvador. — Toma de posesion. — Concepcion. — Fernandina ó Gran Exuma. — Isabela ó isla Larga. — Las Mucaras. — Cuba. — Descripcion de la isla. — Archipiélago de nuestra Señora. — Isla Española ó Santo Domingo. — Islote de la Tortuga. — El cacique á bordo de la *Santa María*. — Encalla la Carabela de Colon y no puede ser puesta á flote. — Islote de Monte Cristi. — Regreso. — Tempestad. — Llegada á España. — Homenajes tributados á Cristóbal Colon.

Durante el primer dia de su viaje, el almirante, que este es el título con que le designan las relaciones, dirigiéndose derechamente hácia el Sur, hizo quince leguas ántes de ponerse el sol; girando entónces al Sudeste se dirigió á las Canarias á fin de reparar en ellas la *Pinta*, cuyo timon se habia desmontado, tal vez por mala intencion del timonel, á quien asustaba el viaje. Diez dias despues, Cristóbal Colon fondeaba delante de la Gran Canaria, donde reparaba la avería de la carabela : y á los diez y nueve dias echaba el ancla delante

de la Gomera, cuyos habitantes le confirmaron la existencia de una tierra desconocida al Oeste del archipiélago.

Hasta el 6 de setiembre no salió de esta isla. Había recibido aviso de que tres navíos portugueses le esperaban con la intencion de cortarle la ruta. Pero sin hacer caso de esta advertencia, se hizo á la vela, evitó hábilmente el encuentro de sus enemigos, tomó exactamente la direccion del Oeste y perdió, en fin, de vista la tierra.

Durante el curso de su viaje, tuvo cuidado de ocultar á sus compañeros la verdadera distancia del camino recorrido cada dia; aminorábalo en sus notas cotidianas para no alarmar demasiado á sus marineros, dándoles á conocer la distancia efectiva en que se hallaban de tierra europea. Observaba tambien diariamente con atencion sus brújulas, y á él es á quien se debe el descubrimiento de la variacion magnética, de que se hizo cargo en sus cálculos. Pero sus pilotos se apuraban mucho viendo á sus brújulas « noroestear, » segun su expresion.

El 14 de setiembre los marineros de la *Niña* vieron una golondrina y un rabo de pico. La presencia de estos pájaros podia indicar la existencia de tierras cercanas, porque por lo comun no se alejan á más de veinticinco leguas de la costa mar adentro. La temperatura era muy

benigna y el tiempo magnífico. Soplaban el viento del Este é impulsaba las carabelas en direccion favorable. Pero precisamente esta persistencia de los vientos del Este asustaba á la mayor parte de los marineros, porque veian que por lo mismo que era tan propicia para avanzar, seria un obstáculo para volver.

El 16 de setiembre encontraron yerbas de fucos todavía verdes mecidas sobre las olas. Pero no aparecia la tierra. Estas yerbas provenian probablemente de las rocas submarinas y no de las costas de un continente. El dia 17, treinta y cinco, despues de la partida de la expedicion, se vió frecuentemente flotar yerbas en la superficie del mar; en uno de estos paquetes herbáceos se halló tambien un cangrejo vivo, lo cual era un síntoma de que habia costas próximamente.

En los dias siguientes se vio revolotear alrededor de las carabelas muchos pájaros, plangas y golondrinas de mar. Colon se fundaba en la presencia de aquellos pájaros para tranquilizar á sus compañeros, que comenzaban á asustarse demasiado de no encontrar tierra alguna despues de seis semanas de travesía. En cuanto á él, demostraba gran confianza poniendo toda su esperanza en Dios. Así era que dirigia con frecuencia á los suyos palabras enérgicas, y todas las noches les invitaba á cantar el *Salve Regina* ó algun otro himno á la Virgen. A la palabra de este hombre heróico, tan grande, tan

seguro de sí mismo, tan superior á todas las debilidades humanas, los tripulantes recobraban ánimo y seguian adelante.

Compréndese perfectamente la ansiedad con que devorarian con su mirada los marineros y los oficiales de las carabelas aquel horizonte del Oeste hácia el cual se dirigian. Todos tenian un interes pecuniario en señalar el nuevo continente, porque al primero que le descubriera habia prometido el rey Fernando una suma de diez mil maravedis, que equivalian á cerca de ocho mil pesetas de nuestra moneda.

Los últimos dias del mes de setiembre ofrecieron de notable la presencia de gran número de petrelos, de fragatas ó rabihorcados y de tableros, grandes pájaros que van volando comunmente por parejas, lo cual demostraba que no se habian extraviado. Así era que sostenia Cristóbal Colon con una conviccion inquebrantable que habia tierra no léjos de allí.

El 1º. de octubre anunció el almirante á sus compañeros que habian andado quinientas ochenta y cuatro leguas al Oeste desde la isla de Hierro. En realidad, la distancia recorrida por las carabelas era superior á se-tecientas leguas, y de ello estaba seguro Colon, pero persistia en ocultar la verdad sobre este punto.

El 7 de octubre, los tripulantes de la flotilla se con-movieron mucho al oír várias descargas de mosquetería

que partian de la *Nina*. Los comandantes, los dos hermanos Pinzon, creian haber visto tierra, pero en breve se reconoció que se habian equivocado. Sin embargo, como afirmaban haber visto volar papagayos en direccion del Sudoeste, consintió el almiranté en torcer un poco el rumbo hácia el Sur. Esta modificacion tuvo consecuencias felices para el porvenir, porque si hubieran continuado hácia el Oeste, las carabelas hubieran ido á dar contra el gran banco de Bahama y se hubieran probablemente perdido.

Sin embargo, la tierra tan ardientemente deseada no aparecia. Todas las tardes al ponerse el sol en el horizonte, se ocultaba tras una interminable línea de agua. Las tres tripulaciones, víctimas muchas veces de una ilusion óptica, comenzaban á murmurar contra Colon « contra aquel genovés, aquel extranjero, » que les habia arrastrado tan léjos de su patria. Manifestáronse á bordo algunos síntomas de sedicion, y el 10 de octubre declararon los marineros que no avanzarian más.

Aquí, historiadores algun tanto fantaseadores que han referido el viaje de Cristóbal Colon, hablan de escenas graves de que fué teatro su carabela. Segun ellos, vióse amenazada su vida por los tripulantes amotinados de la *Santa María*; añadiendo tambien que á consecuencia de las recriminaciones y como una especie de transaccion, concedieron al almirante tres dias de término,



H. A. 1745

CRISTÓBAL COLON.

pasados los cuales, si no aparecía tierra, debería volver á tomar la flotilla la ruta de Europa. Pero puede afirmarse que estos relatos son invenciones de la imaginacion de los novelistas de la época; pues no hay nada en el mismo relato de Colon, que permita darles crédito. Sin embargo, es conveniente mencionarlas, porque no debe omitirse nada de lo concerniente al navegante genovés, y algun tanto de leyenda no perjudica á la gran figura de Cristóbal Colon.

Como quiera que sea, murmurábase á bordo de las carabelas, esto es indudable; pero las tripulaciones, reanimadas con las palabras del almirante y por su enérgica actitud ante lo desconocido, no se negaban á maniobrar.

El 11 de octubre observó el almirante cerca de su carabela una caña todavía verde que flotaba en una mar bastante agitada. Al mismo tiempo la tripulacion de la *Pinta* izaba á bordo otra caña y un palo pequeño que parecia haber sido cortado con un instrumento de hierro. La mano del hombre habia indudablemente impreso su huella en estos despojos. Casi en el mismo instante la tripulacion de la *Niña* vió una rama de espino en flor; con lo que se regocijaron todos en extremo y alentaron los ánimos, pues no podia dudarse de la proximidad de las costas.

En esto tendió la noche su sombra sobre el mar. La *Pinta*, la carabela más ligera de la flotilla, iba á la

cabeza. Ya el mismo Cristóbal Colon y un tal Rodrigo Sanchez, contador de la expedicion, creia haber observado una luz que mudaba de sitio en las sombras del horizonte, cuando un tal Rodrigo, marinero de la *Pinta*, dió el grito de : « ¡Tierra! ¡Tierra! »

¿Qué debió pasar en este momento por el alma de Colon? Jamas hombre alguno, desde la aparicion de la raza humana en la tierra, debió experimentar una emocion comparable á la que sintió entónces el gran navegante. Tal vez puede asegurarse que los primeros ojos que descubrieron este nuevo continente fueron los del almirante. Pero poco importa; la gloria de Colon no consiste en haber llegado, sino en haber partido.

A las dos de la noche fué cuando se reconoció realmente la tierra. Las carabelas apénas distaban de ella dos horas. Todas las tripulaciones entonaron entónces con voz conmovida el *Salve Regina*.

A los primeros rayos del sol se vió una pequeña isla á dos leguas á sotavento. Formaba parte del grupo de Bahama. Colon la llamó San Salvador, y al punto, poniéndose de rodillas, comenzó á decir con San Ambrosio y San Agustin : « *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur.* »

En aquel momento los naturales de la isla, enteramente desnudos, aparecieron en la nueva costa. Cristóbal Colon bajó á la chalupa con Alonso y Yañez Pinzon,

el contador Rodrigo, el secretario Escovedo y algunos otros. Atracó á tierra con la bandera real en la mano, miéntras que los dos capitanes llevaban la bandera de la cruz verde en que estaban enlazadas las cifras de Fernando é Isabel. Despues el almirante tomó solemnemente posesion de la isla en nombre del rey y de la reina de España, é hizo levantar acta verbal de este acto.

Durante esta ceremonia, los indígenas rodeaban á Colon y á sus compañeros. Hé aquí los términos en que, segun M. Charton, segun el relato mismo de Colon, tuvo lugar esta escena :

« Deseando inspirarles (á los indígenas) amistad hácia nosotros, y persuadido al verles de que confiarían más en nosotros y se hallarían mejor dispuestos á abrazar nuestra santa fe si apelábamos á la dulzura para persuadirles más bien que si recurriámos á la violencia, hice dar á muchos de ellos gorros de color y cuentas de vidrio, las cuales se pusieron al cuello. A esto añadí varios otros objetos de poco precio; y ellos manifestaron tal alegría y se mostraron tan reconocidos, que nos quedamos sumamente maravillados. Cuando volvimos á las embarcaciones vinieron á nado hácia nosotros á ofrecernos papagayos, ovillos de algodón, azagayas y otras muchas cosas; en cambio les dimos cuentas de vidrio, cascabeles y otros objetos. Ellos nos daban todo

cuanto tenían; pero me parecieron muy pobres. Los hombres y las mujeres iban desnudos como salieron del seno de su madre. Entre los que vimos, sólo una mujer era bastante jóven y ninguno de los hombres tenía más de treinta años. Por lo demas eran gentes bien formadas, de hermosa presencia y de agradable rostro. Sus cabellos, gruesos como crines de cola de caballo, les caian por delante hasta las cejas; por detras les colgaba un largo mechon que nunca cortan. Hay algunos que se pintan con un color negruzco, pero naturalmente son del mismo color que los habitantes de las islas Canarias, ni negros ni blancos; los hay tambien que se pintan de blanco ó de rojo, ó con cualquier otro color, ya sea todo el cuerpo ó solamente la cara, los ojos ó la nariz. No tienen armas como las nuestras, y ni aún saben lo que estas sean. Cuando les enseñé los sables, los cogian por el filo y se cortaban los dedos. No tienen hierro. Sus azagayas son de madera, y la punta no es de hierro. si bien á veces ponen en ella un diente de pescado ó cualquier otra cosa dura : sus movimientos son graciosos. Habiendo observado que muchos tenían cicatrices en el cuerpo, les pregunté por señas cómo habían sido heridos, y me contestaron de la misma manera, que los habitantes de las islas vecinas, les atacaban para apresarlos y que se defendian. Yo pensé y pienso aún que acuden allí de tierra firme para apresarlos y hacerlos

esclavos, pues deben ser servidores leales y obedientes. Tienen facilidad en repetir pronto lo que oyén. Estoy persuadido de que se convertirían al cristianismo sin dificultad, porque creo que no pertenecen á secta alguna. »

Cuando Cristóbal Colon volvió á bordo, algunos de estos naturales siguió á nado su embarcacion, pues al dia siguiente, que era el 13 de octubre, acudieron muchos en tropel alrededor de las carabelas. Iban en grandes piraguas hechas de troncos de árboles, algunas de las cuales podian contener cuarenta hombres; dirigíanlas por medio de una especie de pala semejante á la de los horneros. Muchos de estos salvajes llevaban pequeñas placas de oro colgadas de la nariz. Parecian muy sorprendidos con la llegada de los extranjeros, y se figuraban que aquellos hombres blancos habian caido del cielo. Tocaban con respeto y curiosidad los vestidos de los españoles, creyendo sin duda que era un plumaje natural, y excitó particularmente su admiracion el traje de escarlata del almirante. Era evidente que consideraban á Colon como un papagayo de una especie superior. Por otra parte reconociéronle inmediatamente por el jefe de los extranjeros.

Cristóbal Colon y los suyos visitaron entónces esta nueva isla de San Salvador. No se cansaban de admirar su hermosa situacion, sus magníficos bosques, sus

corrientes aguas y sus verdes praderas. La fauna era en ella poco variada. Abundaban papagayos de tornasolado plumaje bajo las arboledas, representando ellos solos el orden de los pájaros. San Salvador formaba una planicie poco accidentada; un pequeño lago ocupaba la parte central, y no desnivelaba el suelo montaña alguna. Sin embargo, San Salvador debía encerrar grandes riquezas minerales, puesto que sus habitantes llevaban adornos de oro; pero ¿habian sacado este precioso metal de las entrañas de la isla?

El almirante interrogó á uno de estos indígenas, y por señas llegó á comprender que dando vuelta á la isla y navegando hácia el Sur, descubriría un país cuyo rey poseía grandes vasos de oro é inmensas riquezas. A la mañana siguiente, al despuntar el dia, dió Cristóbal Colon á sus carabelas la orden de aparejar, y se dirigió hácia el continente indicado que, segun él, no podia ser más que Cipango.

Debemos hacer aquí una observacion muy importante; porque resulta del estado de los conocimientos geográficos de esta época; y es que Colon creía haber llegado á las tierras del Asia. Cipango es el nombre que da Marco Polo al Japon. De este error del almirante, participaron todos sus compañeros, siendo necesario muchos años para reconocerse como tal, así es que, segun ya hemos indicado, el gran navegante, al cabo

de cuatro viajes sucesivos á las islas, murió sin saber que habia descubierto un nuevo mundo. Es indudable que los compañeros de Colon y el mismo Colon, creyeron haber encontrado en aquella noche del 12 de octubre de 1492 el Japon, la China ó las Indias. Así se explica que la América haya llevado por tan largo tiempo el nombre de Indias occidentales, y que se designe todavía á los naturales de este continente con la denominacion general de indios, lo mismo en el Brasil, que en México y que en los Estados Unidos.

Cristóbal Colon pensaba pues, únicamente, haber llegado á las costas del Japon. Costeó San Salvador, explorando su parte occidental, y los indígenas, acudiendo á la playa, le ofrecian agua, frutos y cazabe, especie de pan fabricado con una raíz llamada « yuca. » Várias veces desembarcó el almirante en diferentes puntos de la costa, y debemos confesarlo, faltando á la voz de la humanidad, se apoderó de algunos indios con el objeto de conducirlos á España. Estos desgraciados á quienes se comenzaba por arrancarlos de su país, no debian tardar en ser vendidos. Finalmente, las carabelas, perdiendo de vista á San Salvador, se encontraron en pleno Océano.

El destino habia favorecido á Cristóbal Colon, conduciéndole de esta suerte á uno de los más hermosos archipiélagos del mundo entero. Todas las nuevas tier-

ras que iba á descubrir eran como un estuche de preciosas islas, en las cuales no habia más que coger á manos llenas.

El 15 de octubre al ponerse el sol, la flotilla echó el ancla cerca del extremo Oeste de una segunda isla que fué llamada Concepcion, y que se hallaba separada solamente de San Salvador por una distancia de cinco leguas. Al dia siguiente el almirante se acercó á esta costa con las embarcaciones armadas y preparadas contra toda sorpresa. Los naturales pertenecientes á la misma raza que los de San Salvador hicieron muy buena acogida á los Españoles; pero habiéndose levantado un viento Sudeste, Colon reunió la flota y avanzando todavía nueve leguas hácia el Oeste, descubrió otra isla á la que dió el nombre de Fernandina, y es actualmente la grande Exuma.

Toda la noche permaneció al paio y al dia siguiente 17 de octubre, rodearon á las carabelas grandes piraguas. Las relaciones con los naturales eran excelentes. Los salvajes cambiaban pacíficamente sus frutos y pequeños ovillos de algodón por abalorios, panderos y agujas que les agradaban mucho y asimismo por melaza á que eran muy aficionados. Los indígenas de Fernandina, algo más vestidos que sus vecinos de San Salvador, estaban tambien más civilizados, habitaban en casas construidas en forma de pabellones y provistas de altas

chimeneas; estas casas eran muy limpias en su interior y estaban bien conservadas. La costa occidental de la isla, profundamente sesgada hubiera ofrecido á cien bajeles un ancho y magnífico puerto.

Pero Fernandina no ofrecia á los españoles aquellas riquezas que codiciaban y que tanto deseaban llevar á Europa; aquel suelo carecia de minas de oro. Sin embargo, los naturales embarcados á bordo de la flotilla continuaban hablando de una isla más grande, situada hácia el Sur y llamada Samoeto, en la cual se recogia este precioso metal. Colon puso pues la proa hácia la direccion indicada, y el viérnes 19 de octubre fondeó durante la noche cerca de Samoeto, á que dió el nombre de Isabela y que es la isla Larga de los mapas modernos.

De creer á los indígenas de San Salvador, debia haber en esta isla un rey de gran poder; pero el almirante le esperó en vano durante algunos dias, y aquel gran personaje no se presentó. La isla Isabela ofrecia un aspecto delicioso con sus límpidos lagos y sus frondosos bosques. Los españoles no se cansaban de admirar aquellos nuevos árboles cuyo verdor asombraba justamente á los europeos. Los papagayos volaban en innumerables bandadas por los frondosos árboles y grandes lagartos de suma vivacidad, iguanas sin duda deslizábanse rápidamente por entre la crecida yerba.

Los habitantes de la isla que habían huido en un principio á la vista de los españoles, se familiarizaron en breve con ellos y cambiaron los productos de su suelo.

Entre tanto Cristóbal Colón no abandonaba su idea de llegar al Japon. Habiéndole indicado los indígenas que á poca distancia del Oeste había una grande isla que ellos llamaban Cuba, supuso el almirante que debía formar parte del reino de Cipango, creyendo que en breve llegaría á la ciudad de Quinsay, llamada por otro nombre Hang-tcheu-fu, que fué en otro tiempo la capital de la China.

Por eso, en cuanto lo permitieron los vientos levó anclas la flotilla, y el juéves 25 de octubre, se divisaron siete ú ocho islas escalonadas en una sola línea, probablemente las Mucaras. Cristóbal Colón no se detuvo en ellas y llegó el domingo á la vista de Cuba. Las cabañas fondearon en un río á que dieron los españoles el nombre de San Salvador; luego, despues de una corta parada, volviendo á emprender su navegacion hácia Poniente, entraron en un puerto situado á la embocadura de un gran río, y que llegó á ser más adelante el puerto de Nuevitas del Príncipe.

En las costas de la isla crecían numerosas palmeras, siendo tan largas sus hojas, que una sola bastaba para cubrir las cabañas de los naturales. Estos habían huido al aproximarse los españoles, quienes encontraron en la

playa varias especies de ídolos de figura de mujer, aves domesticadas, osamentas de animales, de perros muertos y utensilios de pesca. Los salvajes de Cuba fueron atraídos por los medios ordinarios, é hicieron cambios con los españoles.

Cristóbal Colon se creyó en tierra firme y á algunas leguas apénas de Hang-tcheu-fu. Esta idea estaba tan arraigada en su mente y en la de sus oficiales, que se ocupó en enviar regalos al gran Khan de la China. El 2 de noviembre, encargó á un noble de á bordo, y á un judío que hablaba el hebreo, el caldeo y el árabe, que fueran á visitar á este monarca indígena. Los embajadores, provistos de collares de perlas y con un plazo de seis dias para cumplir su mision, se dirigieron hácia las comarcas del interior del pretendido continente.

Durante este tiempo, Cristóbal Colon remontó como cosa de dos leguas un hermoso rio que corria por debajo de copudos y odoríferos árboles. Los habitantes hacian cambios con los españoles é indicaban frecuentemente un sitio llamado Bohio, en el que abundaban el oro y las perlas; y añadian tambien que vivian allí unos hombres con cabeza de perro, que se mantenian con carne humana.

Los enviados del almirante volvieron al puerto el 6 de noviembre, despues de cuatro dias de ausencia. Dos dias de marcha les habian bastado para llegar á

una aldea compuesta de unas cincuenta chozas, en la cual fueron acogidos con grandes demostraciones de respeto. Besáronles los piés y las manos; y les tomaron por dioses bajados del cielo. Entre otros pormenores de las costumbres de aquellos habitantes, refirieron que los hombres y mujeres fumaban tabaco por medio de un tubo bifurcado, aspirando el humo por las narices. Estos indígenas sabian procurarse fuego frotando vivamente dos pedazos de madera. Habia gran cantidad de algodón en sus casas dispuestas en forma de tiendas y hasta el punto de haber en una de ellas cerca de once mil libras. En cuanto al gran Khan, no vieron ni su sombra.

Notamos aquí un error padecido por Cristóbal Colon, y cuyas consecuencias, segun Irving, cambiaron toda la serie de sus descubrimientos. Creyéndose en las costas del Asia, miraba lógicamente á Cuba como formando parte del continente; y desde entónces no pensó ya en costearla, sino que se decidió á volver hácia el Este. Pues bien; si no se hubiera engañado en esta ocasion, si hubiera continuado siguiendo su direccion primera, los resultados de su empresa se hubieran modificado singularmente. En efecto, ó hubiera sido arrojado hácia la Florida en la punta de la América del Norte, ó habria corrido directamente á México. En este último caso, en lugar de naturales ignorantes y salvajes, ¿qué

hubiera encontrado? Aquellos habitantes del gran imperio de los Aztecas, de aquel reino semicivilizado de Motezuma. Allí, hubiera hallado ciudades, ejércitos, inmensas riquezas, y hubiera representado el papel de Hernan-Cortés. Pero no debía ser así, y el almirante perseverando en su error, volvió hácia el Este con su flotilla que levó el ancla el 12 de noviembre de 1492.

Cristóbal Colon costeó la isla de Cuba barloventando, y reconoció las dos montañas del Cristal y del Moa; exploró un puerto que llamó Puerto del Príncipe, y un archipiélago al que puso el nombre de mar de Nuestra Señora. Cada noche se veían las hogueras de los pescadores en estas numerosas islas cuyos habitantes se mantenían con arañas y con grandes gusanos. Muchas veces los españoles desembarcaron en varios puntos de la costa y plantaron en ella cruces, en señal de toma de posesion.

Los indigenas hablaban con frecuencia al almirante de cierta isla llamada Babeca, donde abundaba el oro. El almirante resolvió ir á ella. Pero Martin Alonso Pinzon, capitan de la *Pinta*, cuya carabela era la más ligera de la flotilla, tomó la delantera y el 21 de noviembre, al despuntar el dia, habia desaparecido completamente.

El almirante se vió muy contrariado por esta separacion, como lo prueba su relato cuando dice : « Pinzon

me ha dicho y hecho otras muchas cosas.» Continuó su ruta explorando la costa de Cuba, y descubrió la bahía de Moa, la punta del Mangle, la punta Vaez y el puerto de Baracoa; pero en ninguna parte encontró caníbales, no obstante hallarse con frecuencia las chozas de los naturales adornadas con cráneos humanos, de lo cual se mostraron muy complacidos los indígenas que iban á bordo.

Los dias siguientes se vió el rio Borma, y las carabelas, al doblar la punta de los Azules, se encontraron en la parte oriental de la isla, cuya costa acababan de reconocer en una extension de ciento veinte y cinco leguas. Pero Colon, en lugar de emprender su ruta al Sur, marchó hácia el Este y el 5 de diciembre descubrió una grande isla que los indios llamaban Bohio. Era Haití ó Santo Domingo.

Por la noche, la *Niña*, de órden del almirante, entró en un puerto que fué llamado Puerto María, y es actualmente el puerto de San Nicolás, situado cerca del cabo de este nombre al extremo Noroeste de la isla.

Al dia siguiente los españoles reconocieron gran número de cabos, y un islote que fué llamado isla de la Tortuga. En cuanto aparecian las carabelas, hacian huir á las piraguas indias. Esta isla les pareció al costearla muy extensa y muy elevada, de donde le provino más adelante la denominacion de Haití, que significa tierra

elevada. El reconocimiento de estas costas se verificó hasta la bahía de los Mosquitos. Los pájaros que revoloteaban por los hermosos árboles de la isla, sus plantas, sus llanuras, sus colinas, recordaban los paisajes de Castilla. Así fué, que Cristóbal Colon bautizó esta nueva tierra con el nombre de Isla Española. Los habitantes eran muy tímidos y muy desconfiados; de manera que no se pudo establecer relacion alguna con ellos, porque huían hácia el interior. Sin embargo, algunos marineros consiguieron apoderarse de una mujer á la cual condujeron á bordo. Era jóven y bastante bonita. El almirante le dió sortijas, perlas, y un vestido de que tenia necesidad absoluta, y en fin, la trató generosamente y la envió á tierra.

Este buen proceder tuvo por resultado captarse la simpatía de los naturales, y á la mañana siguiente, habiéndose aventurado nueve marineros bien armados á penetrar hasta cuatro leguas en tierra, fueron recibidos con respeto. Los indigenas corrian en tropel á su encuentro, y les ofrecian los productos del suelo. Estos marineros volvieron encantados de su excursion. El interior de la isla les habia parecido rico en algodoneros, en aloes, en lentiscos, y un hermoso rio, que fué llamado más adelante el rio de las Tres Riberas, extendia por ella sus límpidas aguas. El 15 de diciembre se dió Colon á la vela, llevándole el viento hácia el islote de la Tor-



COLON DIÓ Á ESTE VALLE EL NOMBRE DE VALLE DEL PARAISO.

tuga, donde observó una corriente de agua navegable y un valle tan hermoso que le dió el nombre de Valle del Paraíso. Al otro dia, navegando por un golfo profundo, vió á un indio que manejaba hábilmente una pequeña canoa, á pesar de la violencia del viento; y habiéndole invitado á subir á bordo, le colmó Colon de regalos, desembarcándole despues en un puerto de la isla Española, que se llama el puerto de la Paz.

Este buen trato atrajo hácia el almirante á todos los indígenas, quienes desde aquel dia acudian en gran número delante de las carabelas. Acompañábales su rey, que era un jóven de veinte años, bien formado y vigoroso. Iba desnudo como sus súbditos, que le demostraban mucho respeto; pero sin el menor asomo de humildad. Hizole tributar Colon los honores debidos á un soberano, y aquel rey ó mejor, cacique, en reconocimiento de su proceder, dijo al almirante que las provincias del Este rebosaban de oro.

Al dia siguiente fué otro cacique á poner á disposicion de los españoles todos los tesoros de su país. Asistió á la fiesta de Santa María que Colon hizo celebrar con toda pompa en su carabela, la cual fué empavesada para este efecto. El cacique fué admitido á la mesa del almirante é hizo honor á la comida, y despues de haber probádo diferentes manjares y diversas bebidas, envió las botellas y los platos á su comitiva. Este caci-

que tenia buen aspecto; hablaba poco y se mostraba muy político. Terminada la comida, ofreció algunas hojas de oro al almirante. Este le presentó algunas monedas en que estaban grabados los retratos de Fernando é Isabel, y despues de haberle expresado por señas que eran los monarcas más poderosos de la tierra, hizo desplegar en presencia del rey indígena las banderas reales de Castilla. Llegada la noche el cacique se retiró muy satisfecho, saludando su marcha con salvas de artillería.

Al dia siguiente algunos tripulantes plantaron una gran cruz en medio del pueblo y abandonaron esta costa hospitalaria. Al salir del golfo formado por la Tortuga y la isla Española, descubrieron varios puertos, cabos, bahías y rios; en la punta Limbé, una isleta que se llamó Santo Tomás; finalmente, un vastísimo puerto seguro y resguardado, oculto entre la isla y la bahía de Acul, al que daba entrada un canal rodeado de elevadas montañas cubiertas de árboles.

El almirante desembarcaba frecuentemente en la costa. Sus naturales le recibian como un enviado del cielo y le invitaban á permanecer entre ellos. Colon les regalaba cascabeles, sortijas de laton, cuentas de vidrio y otras fruslerías que eran muy de su agrado. Un cacique llamado Guacanagari, soberano de la provincia del Marian, envió á Colon un cinturon adornado con la figura de un animal con grandes orejas, y con la lengua

y la nariz de oro. Parecía abundar bastante el oro en la isla, pues sus naturales llevaron en breve una respetable cantidad. Los habitantes de esta parte de la isla Española parecían superiores á los demás por su inteligencia y su belleza. Segun el parecer de Colon, la pintura roja, negra ó blanca con que se pintaban el cuerpo, servia especialmente para preservarles del ardor del sol. Las casas de estos indígenas eran bonitas y bien construidas. Cuando les interrogaba Colon acerca del país que producía el oro, señalaban hácia el Este una comarca que llamaban Cibao, en la que se obstinaba el almirante en ver el Cipango del Japon.

El dia de Navidad ocurrió un grave accidente á la carabela del almirante. Era la primera avería de esta navegacion, tan feliz hasta entónces. Un timonel poco práctico iba al timon de la *Santa María* durante una excursion fuera del golfo de Santo Tomás; al llegar la noche se dejó arrastrar por las corrientes que le empujaban hácia las rocas, y chocó contra ellas la carabela, estropeándose un timon. El almirante despertó al choque, y acudiendo sobre cubierta mandó echar una ancla por la parte de proa para inclinarse y salvar el buque. El contramaestre y algunos marineros encargados de la ejecucion de esta órden, saltaron á la chalupa; pero sobrecogidos de espanto, huyeron á todo remo á la parte donde estaba la *Niña*.

Entre tanto bajaba la marea. La *Santa María* se encañaba más y más; fué, pues, necesario cortar sus mástiles para aligerarla, y en breve fué urgente trasportar la tripulacion á otro buque. El cacique Guacanagari, comprendiendo la triste situacion de la carabela, acudió con sus hermanos y sus parientes á quienes acompañaban gran número de indios, y ayudó á descargar el buque. Merced á sus esfuerzos, no se perdió ni un solo objeto del cargamento, y durante toda la noche los indígenas armados hicieron guardia á los depósitos de provisiones.

Al dia siguiente, Guacanagari fué á bordo de la *Niña* para consolar al almirante, y puso todas sus riquezas á su disposicion. Al mismo tiempo le ofreció una colacion compuesta de pan, cangrejos, pescados, raíces y frutas. Conmovido Colon por estas demostraciones de amistad, formó el proyecto de fundar un establecimiento en esta isla. Procuró, pues, captarse la buena voluntad de los indios por medio de regalos y agasajos, y despues deseando tambien darles una idea de su poder, hizo descargar un arcabuz y una espingarda, cuya detonacion asustó mucho á aquellas pobres gentes.

El 26 de diciembre, comenzaron los españoles á construir una fortaleza en la parte de la costa. La intencion del almirante era dejar allí cierto número de hombres provistos de pan, vino y granos para un año, y

dejarles la chalupa de la *Santa María*. Los trabajos se emprendieron activamente.

Aquel día hubo noticias de la *Pinta*, que se había separado de la flotilla desde el 21 de noviembre; los naturales decían que estaba anclada en un río al extremo de la isla; pero una canoa que para este efecto había enviado Guacanagari, regresó sin haber podido descubrirla. Entónces fué cuando, no queriendo Colon continuar sus exploraciones en las condiciones en que se encontraba, y reducido á una sola carabela, desde la pérdida de la *Santa María*, que no había podido volver á flote, resolvió regresar á España, y comenzó los preparativos necesarios.

El 2 de enero dió Colon al cacique el espectáculo de un simulacro de que este rey y sus súbditos se maravillaron en extremo. Después eligió treinta y nueve hombres destinados á guardar la fortaleza durante su ausencia, y nombró para mandarlos á Rodrigo de Escovedo. Entregóseles la mayor parte del cargamento de la *Santa María*, el cual debía bastarles para más de un año. Entre estos primeros colonos del nuevo continente se contaba un escribiente, un alguacil, un tonelero, un médico y un sastre. Aquellos españoles tenían la misión de descubrir las minas de oro y de señalar un sitio favorable para fundar una ciudad.

El 3 de enero, después de una solemne despedida

dirigida al cacique y á los nuevos colonos, la *Niña* levó el ancla y salió del puerto. En breve se descubrió un islote dominado por un monte muy alto, al que se dió el nombre de Monte Cristi. Cristóbal Colon hacia dos dias que iba costeano, cuando señalaron la *Pinta* á la vista. En seguida su capitán Martin Alonso Pinzon, fué á bordo de la *Niña* y trató de excusar su conducta. Lo cierto es que Pinzon habia tomado la delantera para descubrir aquella pretendida isla de Babeca que era tan rica, segun las noticias de los indígenas. El almirante se dió por contento con las razones que expuso el capitán Pinzon, y supo que la *Pinta* no habia hecho más que costear la isla Española, sin haber reconocido ninguna otra nueva.

El 7 de enero se detuvo para tapar una via de agua que se habia abierto en los fondos de la *Niña*. Colon se aprovechó de este descanso para explorar un ancho rio situado á una legua de Monte Cristi, á cuyo rio dió el nombre de Rio de Oro á causa de las pepitas de oro que arastraban sus aguas. Hubiera querido visitar con más detenimiento esta parte de la isla Española, pero sus tripulantes tenian prisa de regresar, y por instigaciones de los hermanos Pinzon, comenzaban á murmurar contra su autoridad.

El 9 de enero, las dos carabelas volvieron á darse á la vela, dirigiéndose hácia el es-sudeste. Iban cos-

teando aquellas playas cuyas menores sinuosidades fueron bautizadas con los nombres de punta Isabélica, cabo de la Roca, cabo Frances, cabo Cabron, finalmente bahía de Samaná, situada al extremo oriental de la isla. En aquel sitio habia un puerto donde ancló la flotilla, retenida por las calmas. Las primeras relaciones con los naturales fueron excelentes; pero se modificaron repentinamente; cesaron los cambios y las demostraciones hostiles de los indios no dejaron duda alguna de sus malas intenciones. En efecto, el 13 de enero se lanzaron de improviso los salvajes sobre los españoles. Estos, á pesar de su corto número, resistieron con firmeza, y con el auxilio de sus armas pusieron en fuga á sus enemigos al cabo de algunos minutos de combate. Por vez primera fué derramada sangre india por manos europeas.

Al dia siguiente Cristóbal Colon se llevó á bordo á cuatro jóvenes indígenas, y se dió á la vela á pesar de sus quejas. Sus tripulantes, agobiados y rendidos, le ocasionaron graves disgustos, segun se ve por las amargas quejas que exhala en la relacion de su viaje este hombre superior á todas las debilidades humanas, y á quien no pudo abatir el infortunio. El 16 de enero fué cuando principió verdaderamente el viaje de regreso, desapareciendo en el horizonte el cabo de Samaná, punto extremo de la isla Española.

La travesía fué rápida, no ocurriendo incidente alguno hasta el 12 de febrero. En esta fecha fueron atacadas las dos carabelas por una terrible tempestad que duró tres días con vientos furiosos, recias olas y relámpagos de Nornordeste. Los marineros espantados hicieron tres veces voto de ir en peregrinacion á Santa María de Guadalupe á Nuestra Señora de Loreto y á Santa Clara de Moguer. Finalmente, toda la tripulacion juró ir á rezar con los piés desnudos y en camisa á una iglesia dedicada á Nuestra Señora.

Sin embargo la tempestad arreciaba. El almirante, temiendo una catástrofe, escribió rápidamente en un pergamino el resúmen de sus descubrimientos, suplicando á quien lo encontrara que lo hiciera llegar á manos del rey de España. Despues, envolviendo este documento en una tela encerada, lo metió en un tonel de madera que hizo arrojar al mar.

Al salir el sol el 15 de febrero se aplacó el huracan; las dos carabelas, separadas por la tempestad, volvieron á reunirse, y tres días despues fondearon en la isla de Santa María, una de las Azores. Inmediatamente el almirante se ocupó en cumplir los votos hechos durante la borrasca, para lo cual envió á tierra la mitad de su gente; pero fué hecha prisionera por los portugueses, quienes no la pusieron en libertad hasta cinco días despues, en virtud de las enérgicas reclamaciones de Colon.

El almirante se hizo de nuevo á la mar el 23 de febrero. Contrariado por los vientos y combatido otra vez por la borrasca, hizo nuevos votos con toda su tripulacion, obligándose á ayunar el primer sábado que siguiese á su llegada á España. Finalmente, el 4 de marzo, reconocieron sus pilotos la desembocadura del Tajo, en la cual pudo refugiarse la *Niña* miéntras que la *Pinta* era rechazada por los vientos hasta la bahía de Vizcaya.

Los portugueses acogieron bien al almirante, llegando el rey á concederle una audiencia. Pero Colon tenia prisa de entrar en España; así fué que no bien lo permitió el tiempo, volvió á la mar la *Niña*, y el 15 de marzo á mediodía fondeó en el puerto de Palos, despues de siete meses y medio de navegacion, durante los cuales habia descubierto las islas de San Salvador, Concepcion, Grande Exuma, isla Larga, islas Mucaras, Cuba y Santo Domingo.

La córte de Fernando y de Isabel se encontraba entónces en Barcelona, adonde partió el almirante con los diez indios que llevaba del Nuevo Mundo. El entusiasmo que excitó fué extraordinario. De todas partes corrian las poblaciones al encuentro del gran navegante, y le tributaban honores reales. La entrada de Cristóbal Colon en Barcelona fué magnífica. El rey, la reina y los grandes de España le recibieron pomposamente en el palacio de la diputacion. Allí hizo la relacion de su

maravilloso viaje; despues presentó las muestras de oro que habia traído, y todos los circunstantes, cayendo de rodillas, entonaron el *Te Deum*.

Cristóbal Colon fué entónces ennoblecido por cartas del rey, quien le confirió un escudo de armas con esta divisa. « A Castilla y á Leon nuevo mundo dió Colon. » El nombre del navegante genovés fué aclamado en toda la Europa; los indios que trajo consigo recibieron el bautismo en presencia de toda la córte, y aquel hombre de genio, por tanto tiempo pobre y desconocido, se elevó entónces al mayor grado de celebridad.

III

Segundo viaje : Escuadrilla de diez y siete buques. — Isla de Hierro. — La Dominica. — Marigalante. — La Guadalupe. — Los Canibales. — Monserrat. — Santa María la Rotonda. — San Martin y Santa Cruz. — Archipiélago de las Once mil Vírgenes. — Isla de San Juan Bautista ó Puerto-Rico. — Isla Española. — Asesinato de los primeros colonos. — Fundacion de la ciudad Isabela. — Envio á España de dos buques cargados de riquezas. — Fuerte de Santo Tomás levantado en la provincia de Cibao. — Es nombrado gobernador de la isla don Diego, hermano de Colon. — La Jamáica. — La costa de Cuba. — La rémora. — Regreso á la Isabela. — Es hecho prisionero el cacique. — Rebelion de los indígenas. — Carestía. — Colon calumniado en España. — Envio del comisario Juan de Aguado á la Isabela. — Las minas de oro. — Partida de Colon. — Su llegada á Cádiz.

La relacion de las aventuras del gran navegante genovés habia sobrecitado las imaginations, y todo

el mundo entrevia ya continentes de oro situados más allá de los mares. Todas las pasiones que engendra la avaricia hervían en los corazones. El almirante, bajo la presión de la opinión pública, no podía excusarse de hacerse nuevamente á la mar en el plazo más breve que fuera posible, y aún él mismo por su parte tenía prisa de volver al teatro de sus conquistas y de enriquecer los mapas de la época con nuevas tierras. Así, pues, manifestó que se hallaba dispuesto á partir.

El rey y la reina pusieron á su disposición una escuadrilla compuesta de tres bajeles y de catorce carabelas, y mil doscientos hombres debían marchar en ellas. Algunos nobles castellanos no vacilaron en confiarse á la estrella de Colón, y quisieron probar fortuna al otro lado de los mares. Caballos, ganado, instrumentos de todas clases destinados á recoger y purificar el oro, diversidad de semillas, y en una palabra, todos los objetos necesarios para el establecimiento de una importante colonia, llenaban la bodega de los buques. De los diez indígenas traídos á Europa, cinco volvían á su país, tres quedaron enfermos y dos habían muerto.

Cristóbal Colón fué nombrado capitán general de la escuadra con poderes ilimitados.

El 25 de setiembre de 1493, salieron de Cádiz las diez y siete embarcaciones á velas desplegadas, en medio de los aplausos de una multitud inmensa. El 1.º de octubre

fondearon en la isla de Hierro, la más occidental de las Canarias. Después de veintitres días de una navegación que favorecían constantemente el viento y la mar, descubrió nuevas tierras.

En efecto, el 3 de noviembre, domingo de la octava de Todos los Santos, al salir el sol, el piloto del bajel almirante *Marí Galante* exclamó : « ¡Buena nueva! ¡Tierra! ¡tierra! »

Esta tierra era una isla cubierta de árboles. El almirante, creyéndola despoblada, pasó adelante, reconoció algunos islotes esparcidos en su camino, y llegó enfrente de otra isla. La primera fué llamada Dominica y la segunda *Marí Galante*, nombres que aún llevan en el día. Al día siguiente, descubrieron otra isla mucho mayor. Y según dice la relación de este viaje hecha por Pedro Mártir, contemporáneo de Colon, « cuando llegaron cerca de ella reconocieron que era la isla de los infames caníbales ó caribes, de los que solamente habían oído hablar durante el primer viaje. »

Los españoles, bien armados, bajaron á tierra donde había unas treinta casas de madera de forma redonda, y cubiertas con hojas de palmera. En el interior de estas chozas había colgadas hamacas de algodón. En la plaza se elevaban dos especies de árboles ó postes, alrededor de los cuales estaban enlazadas dos grandes serpientes muertas. Al aproximarse los extranjeros huyeron los

310

315

320

325

GOLFO DE MÉJICO Y MAR DE LAS ANTILLAS

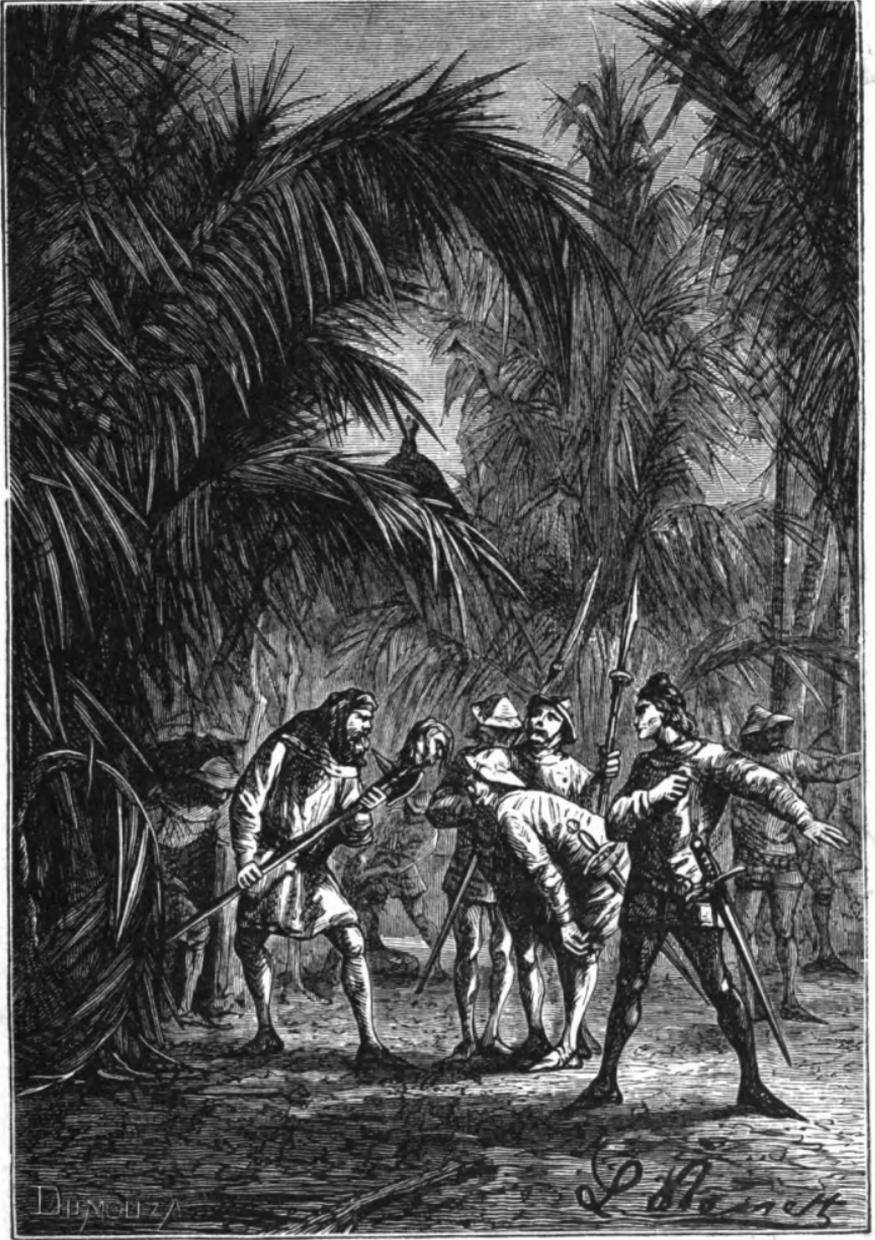
SEGUN EL MAPA DE TEODORO DE BRY.



naturales á todo correr, abandonando cierto número de prisioneros que estaban preparándose á devorar. Los marineros registraron sus casas y encontraron huesos de piernas y de brazos, cabezas recién cortadas y todavía tintas en sangre, y otros restos humanos que no dejaban duda alguna sobre el género de alimentación de aquellos caribes.

Esta isla, que el almirante hizo explorar en parte, y cuyos principales rios fueron reconocidos, se bautizó con el nombre de Guadalupe á causa de su semejanza con una provincia de Extremadura. Algunas mujeres de quienes se habian apoderado los marineros fueron enviadas á tierra, despues de haber sido bien tratadas en el bajel almirante. Cristóbal Colon esperaba que su conducta para con estas indias decidiria á los indios á ir á bordo; pero su esperanza quedó frustrada.

El 8 de noviembre dió la señal de marcha y se hizo á la vela con toda su escuadra hácia la isla Española, actualmente Santo Domingo, en la cual habia dejado treinta y nueve compañeros de su primer viaje. Subiendo hácia el Norte, descubrió una gran isla, á la cual llamaban Madanino los indígenas que habia conservado á bordo, despues de haberles librado de los dientes de los caribes. Decian tambien que sólo se hallaba habitada por mujeres, y como la relacion de Marco Polo citaba una comarca asiática ocupada únicamente por una po-



LOS MARINEROS ENCONTRARON CABEZAS RECIEN CORTADAS Y TODAVIA
TINTAS EN SANGRE.

blacion femenina, Cristóbal Colon creyó con fundamento que navegaba por las costas del Asia. El almirante deseaba vivamente explorar esta isla, pero el viento contrario le impidió tomar tierra en ella.

A diez leguas más allá, descubrió otra isla rodeada de altas montañas que fué llamada Monserrat; á la mañana siguiente, se divisó tambien otra á la que se dió el nombre de Santa María la Rotonda, y al siguiente dia otras dos más, San Martin y Santa Cruz.

La escuadra fondeó delante de Santa Cruz para hacer agua. Allí aconteció una escena grave, que Pedro Mártir refiere en términos que conviene copiar, porque son muy expresivos. « El almirante, dice, mandó que bajaran á tierra treinta hombres de su buqué para explorar la isla; y habiendo llegado estos hombres á la playa encontraron cuatro perros y muchos hombres y mujeres jóvenes que corrian á su encuentro, tendiendo los brazos como suplicando y pidiendo que les auxiliaran y libertasen de la gente cruel. Viendo esto los canibales, se retiraron, huyendo á las selvas como en la isla de Guadalupe; y los nuestros permanecieron dos dias en la isla para visitarla.

» Durante este tiempo, los que habian quedado á bordo, vieron venir de léjos una canoa con ocho hombres y otras tantas mujeres; los nuestros les hicieron seña; pero ellos, aproximándose, tanto los hombres como las

mujeres, comenzaron á arrojar flechas tan ligera y cruelmente que los nuestros no tuvieron tiempo para cubrirse con sus escudos, de manera que fué muerto un español por una flecha que le disparó una mujer, la cual tambien traspasó á otro con otra flecha.

» Aquellos salvajes llevaban saetas de hierro envenenadas, y entre ellos habia una mujer á quien obedecian todos los demas inclinándose ante ella. Era esta segun podia conjeturarse una reina á la cual seguia un hijo de mirada cruel, robusto y con cara de leon.

» Los nuestros, juzgando que era mejor combatir cuerpo á cuerpo que exponerse á mayores males batallando desde léjos, adelantaron de tal suerte el buque á fuerza de remos, y le hicieron correr con tal violencia, que pasaron por ojo la canoa y la echaron á pique.

» Pero los indios que eran muy diestros nadadores, no cesaron, tanto los hombres como las mujeres, de arrojar flechas contra los nuestros, y se esforzaron tanto que consiguieron llegar nadando á una roca cubierta de agua, en la cual se subieron y siguieron luchando valerosamente. Pero á pesar de esto fueron al fin apresados, siendo muerto uno de ellos y recibiendo dos heridas el hijo de la reina. Conducidos al buque del almirante, mostraron en él no menor ferocidad y terrible encono que si hubiesen sido leones de Libia cogidos en una trampa, hasta el punto de que ninguno podia mirarlos

sin que se horrorizase su corazón y sus entrañas; ¡tan espantosa, terrible é infernal era su mirada! »

La lucha comenzaba, pues, á formalizarse entre los indios y los europeos. Cristóbal Colon empezó á navegar hácia el Norte, entre plácidas é innumerables islas cubiertas de bosques dominados por montañas de todos colores. Esta aglomeracion de islas fué llamada archipiélago de las Once mil Vírgenes. En breve apareció la isla de San Juan Bautista que no es otra que la de Puerto Rico, tierra entónces infestada de caribes, pero cuidadosamente cultivada y verdaderamente magnífica por sus inmensos bosques. Algunos marineros bajaron á tierra, y sólo encontraron en ella una docena de cabañas deshabitadas. El almirante volvió entónces á hacerse á la mar, y fué costeano la parte meridional de Puerto Rico, durante unas cincuenta leguas.

El viérnes 12 de noviembre llegó en fin á la isla Española. Fácil es imaginarse la emocion que debió experimentar al ver nuevamente el teatro de sus primeros descubrimientos y al buscar aquella fortaleza en la cual habia dejado á sus compañeros. ¿Qué les habia sucedido durante un año á aquellos europeos abandonados en tierras salvajes? En aquel momento, una gran canoa tripulada por el hermano del cacique Guacanagari, llegó enfrente de la *Marí Galante* y este indígena, subiendo á bordo; ofreció dos imágenes de oro al almirante.

Entre tanto Cristóbal Colon procuraba descubrir su fortaleza, y aunque habia anclado enfrente del sitio en que la habia hecho construir, no divisaba el menor vestigio de ella. Muy inquieto por la suerte de sus compañeros bajó á tierra. ¡Cuál no fué allí su sorpresa al encontrar sólo cenizas! ¿Qué habia sido de sus compatriotas? ¿Habian pagado con su vida aquella primera tentativa de colonizacion? Hizo disparar á un tiempo mismo toda la artillería de las embarcaciones para anunciar su llegada á la isla Española. Pero ninguno de sus compañeros apareció.

Desesperado Colon, envió al punto mensajeros al cacique Guacanagari. Estos á su regreso, trajeron funestas noticias: De creer á Guacanagari, otros caciques irritados con la presencia de los extranjeros en su isla, habian atacado á estos desgraciados colonos y los habian asesinado. El mismo Guacanagari habia sido herido defendiéndoles, y en prueba de ello enseñaba el cacique la pierna con una venda de algodon.

Cristóbal Colon no dió crédito á este relato del cacique, pero resolvió disimular, y al dia siguiente, cuando fué á bordo Guacanagari, le dispuso una buena acogida. El cacique aceptó una imagen de la Virgen y se la colgó al cuello. Mostróse muy sorprendido al ver los caballos que le enseñaron, pues estos animales eran desconocidos para él, lo mismo que para sus compañeros. Ter-

minada su visita, volvió el cacique á la playa, penetró de nuevo en la region de las montañas y ya no se le volvió á ver más.

El almirante despachó entónces á uno de sus capitanes, con trescientos hombres á sus órdenes, con la mision de explorar el país y apoderarse del cacique. Este capitán penetró en las regiones del interior, pero no encontró rastro alguno del cacique ni de los desgraciados colonos. Durante su excursion, habia descubierto un gran rio y un puerto muy seguro á que dió el nombre de Puerto Real.

Colon no obstante el mal éxito de su primera tentativa, resolvió fundar una nueva colonia en aquella isla, que parecia rica en metales de oro y plata. Sus naturales hablaban sin cesar de minas situadas en la provincia de Cibao. A comprobar estas aserciones fueron en el mes de enero, con una numerosa escolta, dos nobles, Alonso de Ojeda y Corbalan, y descubrieron cuatro rios con arenas auríferas, trayendo una pepita que pesaba nueve onzas.

El almirante al ver estas riquezas se confirmó en su idea de que la isla Española debia ser la célebre Ofir de que habla el libro de los Reyes. Buscó, pues, un sitio para fundar una ciudad, y á diez leguas al Este de Monte Cristi á la embocadura de un rio que formaba un puerto, echó los cimientos de la Isabela, y el dia de

la Epifanía oficiaron en la Iglesia trece sacerdotes en presencia de una inmensa concurrencia de naturales. .

Colon pensó entónces en enviar noticias de la colonia al rey y á la reina de España. Preparáronse pues á volver á Europa dos navíos cargados de oro recogido en esta isla y de diversos productos de la misma bajo el mando del capitan Torres. Esta flotilla se hizo á la vela el dia 2 de febrero de 1494, y poco tiempo despues Cristóbal Colon envió todavía uno de los cinco buques que le quedaban, con el lugarteniente Bernardo de Pisa de quien tenia motivos de queja.

No bien se restableció el órden en la colonia de la Isabela, dejó en ella el almirante á su hermano don Diego, en calidad de gobernador, y partió con quinientos hombres deseoso de visitar por sí mismo las minas de Cibao. El país que atravesó este pequeño ejército presentaba una admirable fertilidad; en él maduraban las hortalizas en trece dias; el trigo, sembrado en febrero, daba magníficas espigas en abril y cada año producía dos abundantes cosechas. Traspusieron sucesivamente valles y montañas, siendo preciso á veces hacer uso del pico para abrir un camino al traves de aquellas tierras todavía vírgenes, y por fin llegaron los españoles á la provincia de Cibao. Allí, en una colina situada á la orilla de un rio, hizo construir el almirante un fuerte de piedras y madera, lo cercó de un buen foso y le dió el

nombre de Santo Tomás, para burlarse de alguno de sus oficiales que no creían en las minas de oro. Y verdaderamente hacían mal en dudar de ellas, porque de todas partes les traían los indígenas pepitas y granos de oro que cambiaban con premura por abalorios y especialmente por cascabeles cuyo sonido metálico les excitaba á bailar. Además, este país no era solamente el país del Oro; era también el país de las especias y de los aromas, formando los árboles que los producían verdaderos bosques, de suerte que los españoles no podían dejar de felicitarse por haber conquistado una isla tan opulenta.

Después de haber dejado encargada la custodia del fuerte de Santo Tomás á cincuenta y seis hombres mandados por don Pedro de Margarita, Cristóbal Colón volvió á emprender el camino de la Isabela á principios de abril. Grandes lluvias contrariaron su regreso. A su llegada encontró la colonia naciente en el mayor desorden; amenazábalos el hambre por falta de harina, y también por falta de molinos; soldados y operarios se hallaban extenuados por las fatigas. Colón quiso obligar á los nobles á que acudieran en su auxilio, pero estos orgullosos hidalgos, aunque estaban muy deseosos de adquirir fortuna, no querían bajarse á recogerla y se negaron á todo trabajo material y mecánico. Los sacerdotes los apoyaron y Colón se vió obligado á mostrarse

severo, y á poner en entredicho las iglesias. Sin embargo, no podia prolongar su permanencia en la Isabela, y tenia prisa por descubrir otras tierras. Así, pues, formó un consejo para gobernar la colonia compuesto de tres nobles y del jefe de los misioneros bajo la presidencia de don Diego, y el 24 de abril volvió á hacerse á la mar con tres buques para completar el ciclo de sus descubrimientos.

La flotilla bajó hácia el Sur, y en breve descubrióse una isla nueva que llamaban los naturales la Jamáica. La parte elevada de esta isla se hallaba formada por una montaña de pendientes muy suaves. Sus habitantes parecian ingeniosos y aficionados á las artes mecánicas, pero de carácter poco pacífico. Muchas veces se opusieron al desembarque de los españoles, mas fueron rechazados y concluyeron por formar un tratado de alianza con el almirante.

De la Jamáica Cristóbal Colon dirigió sus investigaciones más al Occidente. Creia haber llegado al punto en que colocaban los geógrafos antiguos el Quersoneso, la region de oro del Occidente. Fuertes corrientes le rechazaron hácia Cuba, cuya costa recorrió en una extension de doscientas veinte y dos leguas. Durante esta navegacion muy peligrosa por entre arrecifes y pasos estrechos, contó más de setecientas islas; recorrió gran número de puertos y entró frecuentemente en relacion con los indígenas.

En el mes de mayo, los vigías de los buques señalaron gran número de islas herbáceas, fértiles y habitadas. Colon aproximándose á tierra penetró en un rio, cuyas aguas eran tan calientes que nadie podia meter la mano en ellas; hecho indudablemente exagerado y que no han justificado los descubrimientos posteriores. Los pescadores de esta costa empleaban para la pesca cierto pez llamado *rémora*, que hacia entre ellos lo que el perro respecto del cazador.

« Este pescado era de forma desconocida : tenia el cuerpo semejante á una gran anguila, y detras de la cabeza una piel en figura de bolsa para coger los pescados. Llevan este pez atado al buque con una cuerda y metido siempre en el agua, porque no puede soportar el aire. Cuando ven un pez ó una tortuga, que allí son más grandes que un escudo, sueltan este pez aflojando la cuerda; el cual, al sentirse libre acomete más rápido que una flecha al referido pez ó tortuga, le arroja encima de su piel á manera de bolsa y lo sujeta con tal fuerza por la parte que aparece fuera de la concha que nadie se lo puede arrancar de modo alguno, si no es sacándolo fuera del agua, y tirando poco á poco de la cuerda, pues en cuanto ve el esplendor del aire suelta su presa. Los pescadores bajan cuanto juzgan necesario para coger la presa y meterla dentro de su nave, y atan al pez cazador con tanta cuerda cuanta necesitan para ponerlo en su



PESCADORES DE LA COSTA DE CUBA.

sitio, y con otra cuerda le dan por recompensa una poca carne de la presa que ha hecho. »

La exploracion de las costas continuó hácia el Occidente. El almirante visitó diversas comarcas en las cuales abundaban los ansarones, los ánades, las garzas y esos perros mudos que se comian los naturales como si fueran cabritos y que debian ser almimiguis ó ratones. Entre tanto, los bancos de arena eran cada vez más numerosos, librándose de ellos los buques con dificultad. El almirante procuraba, sin embargo, no alejarse de estas playas, que deseaba reconocer. Un dia creyó ver en una punta de tierra varios hombres vestidos de blanco, á quienes tomó por hermanos de la órden de Santa María de la Merced, y envió algunos marineros para hablar con ellos; ¡pura ilusion de óptica! estos pretendidos monjes no eran otra cosa que grandes garzas de los trópicos á quienes la distancia daba la apariencia de séres humanos:

Durante los primeros dias de junio tuvo que detenerse Colon para carenar sus buques, cuyos cascos se hallaban muy deteriorados por los bajos de la costa. El 7 del mismo mes hizo celebrar una misa solemne en la playa, y durante el oficio llegó un viejo cacique, el cual terminada la ceremonia le ofreció algunos frutos, Despues, este soberano indígena pronunció algunas palabras que los intérpretes tradujeron de esta suerte :

« Nos han referido el modo cómo te has hecho dueño
» de estas tierras que te eran desconocidas, extendiendo
» tu poder en ellas, y cómo tu presencia ha causado á
» los pueblos y á los habitantes un gran temor. Pero
» creo deber exhortarte y advertirte que cuando las almas
» se separan de los cuerpos se abren ante ellas dos ca-
» minos : el uno lleno de tinieblas y de tristeza, desti-
» nado á los que molestan y hacen daño al género
» humano ; el otro, agradable y lleno de delicias, reser-
» vado á los que en vida amaron la paz y el sosiego de
» las gentes. Así, pues, si te acuerdas de que eres mor-
» tal y de que las recompensas futuras se miden por las
» obras de la vida presente, estoy seguro de que no
» molestarás á nadie. »

¿Qué filósofo de los tiempos antiguos ó modernos hubiese hablado mejor y en lenguaje más bello? Toda la parte humana del cristianismo se refleja en estas magníficas palabras, pronunciadas por boca de un salvaje. Colon y el cacique se separaron encantados uno de otro, no siendo quizá quien quedó más sorprendido de los dos el anciano indígena.

Por otra parte, toda esta tribu parecía vivir practicando los excelentes preceptos indicados por su jefe. La tierra era comun entre los naturales, como el sol, el aire y el agua. Lo mio y lo tuyo, causa de toda discordia, no existia en sus costumbres y vivian contentos con

poco. « Están en la edad de oro, dice la relacion; no cercan con vallados sus posesiones; dejan sus jardines abiertos; no tienen leyes, ni libros, ni jueces; pero por su propio natural siguen lo que es justo, y consideran malo é injusto al que se complace en perjudicar á otro. »

Al abandonar la tierra de Cuba, Cristóbal Colon volvió hácia la Jamáica, recorriendo toda la costa Sur hasta su extremidad oriental. Tenia intencion de asaltar las islas de los Caribes y destruir aquel foco de malhechores. Pero á consecuencia de sus vigiliass y fatigas, se vió atacado de una enfermedad que le obligó á suspender sus proyectos. Tuvo pues que regresar á la Isabela, donde, bajo la influencia de su sano clima y del descanso, recobró la salud, merced á los cuidados de su hermano y de sus familiares.

Por lo demas, la colonia reclamaba imperiosamente su presencia. El gobernador del fuerte de Santo Tomás habia sublevado á los indígenas con sus crueles exacciones. Don Diego, el hermano de Cristóbal Colon, le habia hecho observaciones que no habian sido escuchadas. Este gobernador, durante la ausencia de Colon, habia regresado á la Isabela y se habia embarcado para España en uno de los buques que acababan de conducir á la isla Española á don Bartolomé, hermano segundo del almirante.

Entre tanto Colon, habiendo recobrado la salud, no podia dejar que se pusiera en duda la autoridad que habia delegado en sus representantes, y resolvió castigar al cacique que se habia rebelado contra el gobernador de Santo Tomás. Ante todo, envió á nueve hombres bien armados á apoderarse de un temible cacique llamado Caonabo. Su jefe, Ojeda, con una intrepidez de que dió más adelante nuevas pruebas, arrebató al cacique en medio de los suyos, y le llevó preso á la Isabela. Colon hizo embarcar á este indígena para Europa, pero naufragó la nave que la llevaba y no se oyó hablar más de él.

Entre tanto llegó á Santo Domingo con cuatro buques Antonio de Torres, que habia sido enviado por el rey y la reina á cumplimentar á Colon. Fernando se declaraba muy satisfecho del buen éxito del almirante, y acababa de establecer un servicio mensual de trasportes entre España y la isla Española.

La captura de Caonabo habia suscitado una sublevacion general de los indígenas, quienes pretendian vengar á su jefe ultrajado y deportado injustamente. Sólo el cacique Guacanagari, á pesar de la parte que habia tomado en la muerte de los primeros colonos, permaneció fiel á los españoles. Cristóbal Colon, acompañado de don Bartolomé y del cacique, marchó contra los rebeldes. En breve encontró un ejército de naturales

cuyo número, evidentemente exagerado, se hace llegar por aquel á cien mil hombres. Como quiera que sea, este formidable ejército fué derrotado por un simple destacamento compuesto de doscientos infantes, veinticinco perros y veinticinco caballos. Esta victoria restableció aparentemente la autoridad del almirante. Impúsose un tributo á los vencidos. Los indios, próximos á las minas, tuvieron que pagar cada tres meses una pequeña medida de oro, y los que estaban más distantes veinticinco libras de algodón. Pero la sublevación sólo estaba comprimida y no extinguida. A la voz de una mujer, Anacaona, viuda de Caonabo, se sublevaron los indígenas por segunda vez, y llegaron hasta arrastrar en su sedición á Guacanagari, que habia permanecido fiel hasta entónces á Colon; despues, destruyendo los campos de maíz y todas las plantaciones, huyeron á las montañas. Entónces se vieron reducidos los españoles á todos los horrores del hambre, y ejercieron con los naturales horribles represalias. Afirmase que la tercera parte de la población indígena pereció de hambre, de enfermedades ó á manos de los compañeros de Cristóbal Colon. Estos desgraciados indios pagaban caras sus relaciones con los conquistadores europeos.

Cristóbal Colon habia entrado en el camino de los reveses. Miétras que su autoridad se veia más y más comprometida en la isla Española, su reputación y su

carácter sufrían violentos ataques en España. No estaba él allí para defenderse, y los oficiales que había enviado á la madre patria, le ácusaban en alta voz de mostrarse injusto y cruel, y áun llegaron á insinuar que el almirante trataba de declararse independiente del rey. Fernando, imbuido por estas indignas acusaciones, nombró un comisario á quien encargó que apreciara los hechos referidos y que fuera á las Indias occidentales. Era este comisario un noble llamado Juan de Aguado. La elección de este caballero, destinado á cumplir una misión de confianza, no fué acertada. Juan de Aguado era de un carácter parcial y prevenido. Llegó en el mes de octubre al puerto de la Isabela, y en el momento en que el almirante, ocupado en sus exploraciones, se hallaba ausente, comenzó tratando con suma altivez al hermano de Cristóbal Colon. Don Diego, apoyándose en su título de gobernador general, rehusó someterse á las intimaciones del comisario del rey.

Juan de Aguado se disponía, pues, á volver á España, no llevando más que muy incompletas noticias, cuando un terrible huracan echó á pique en el puerto los bajeles que le habían conducido. No había, pues, más que dos carabelas en la isla Española. Cristóbal Colon, que había vuelto á la colonia, obrando con una grandeza de alma que nunca se admirará demasiado, puso una de estas embarcaciones á disposición del comisario regio, con la

condicion de que él se embarcaria en la otra para justificarse en presencia del rey.

A tal estado habian llegado las cosas cuando se descubrieron nuevas minas de oro en la isla Española. El almirante suspendió su marcha. La codicia tuvo el poder suficiente para cortar toda clase de discusiones. No se habló pues ni del rey de España, ni de la informacion que habia mandado abrir. Acudieron muchos oficiales á los nuevos terrenos auríferos, donde encontraron pepitas, algunas de las cuales pesaban hasta veinte onzas, y asimismo un peñasco de ámbar, de peso de trescientas libras. Colon hizo levantar dos fuertes para proteger á los mineros, el uno en el límite de la provincia de Cibao y el otro en las orillas del rio Hayna. Tomada esta precaucion y urgiéndole justificarse, partió para España.

Las dos carabelas abandonaron el puerto de Santa Isabela el 10 de marzo de 1496. Cristóbal Colon llevaba á bordo doscientos veinticinco pasajeros y treinta indios. El 9 de abril tocó en Marí-Galante y el 10 hizo agua en la Guadalupe, donde sostuvo una refriega bastante viva con los naturales. El 20 dejó esta isla poco hospitalaria y por espacio de un mes tuvo que luchar contra los vientos alisios. El 11 de junio se divisó la tierra de Europa, y á la mañana siguiente entraban las carabelas en el puerto de Cádiz.

Este segundo regreso del gran navegante no fué saludado como el primero con el entusiasmo de las poblaciones, al cual habia sucedido la frialdad y la envidia. Los mismos compañeros del almirante se volvian contra él, pues descorazonados y sin ilusiones, no trayendo consigo aquella fortuna por la que habian corrido tantos peligros y soportado tantas fatigas, se mostraban injustos, puesto que no era culpa de Colon, el que las minas explotadas hasta entónces costaran más de lo que producian.

Sin embargo, el almirante fué recibido en la córte con cierto favor. El relato de su segundo viaje le volvió á conquistar las simpatías perdidas. ¿Acaso, no habia descubierto, durante esta expedicion las islas Dominica, Mari-Galante, Guadalupe, Monserrat, Santa María, Santa Cruz, Puerto Rico y Jamáica? ¿No habia efectuado un nuevo reconocimiento de Cuba y de Santo Domingo? Colon combatió, pues, vivamente á sus adversarios, y aún empleó contra ellos el arma de la ironía. A los que negaban el mérito de sus descubrimientos les propuso que hicieran sostenerse un huevo en equilibrio sobre una de sus extremidades, y cuando se convencieron de que no podian conseguirlo, rompiendo un poco su cáscara, plantó el huevo derecho haciéndole descansar en su parte cascada. « ¿No habíais pensado en ello, no es verdad? Pues bien, así es todo. »

IV

Tercer viaje : Madera. — Santiago del archipiélago de Cabo Verde. — La Trinidad. — Se ve por primera vez la costa americana de Venezuela, más allá del Orinoco, actualmente provincia de Cumana. — Golfo de Pavia. — Los Jardines. — Tabago. — Granada. — Margarita. — Cubaga. — La isla Española durante la ausencia de Colon. — Fundacion de la ciudad de Santo Domingo. — Llegada de Colon. — Insubordinacion de la colonia. — Quejas en España. — Envía el rey á Bovadilla para conocer la conducta de Colon. — Prenden á Colon y le envían á España encadenado, con sus dos hermanos. — Su llegada á presencia de Fernando é Isabel. — Recobra el favor real.

Cristóbal Colon no había renunciado todavía á proseguir sus conquistas más allá del Océano Atlántico. Ni las fatigas, ni la injusticia de los hombres podían detenerle. Después de haber triunfado, no sin dificultad, de la malevolencia de sus enemigos, consiguió organizar una tercera expedición bajo los auspicios del gobierno español. El rey le concedió ocho buques, cuarenta jinetes, cien infantes, sesenta marineros, veinte mineros, cincuenta labradores, veinte artesanos de diferentes oficios, treinta mujeres, médicos y hasta músicos. Prometiéndose además al almirante que todas las penas criminales que se impusieran en el reino serían conmutadas por deportación á las islas; de esta suerte se anticipaba á los ingleses en la idea tan inteligente de poblar las nuevas colonias con reos arrepentidos á quienes debía rehabilitar el trabajo.



EMBARQUE DE CRISTÓBAL COLON.

Cristóbal Colon se dió á la vela el 30 de mayo del año 1498, no obstante hallarse padeciendo de la gota y estar todavía enfermo á causa de los digustos que habia experimentado despues de su regreso. Antes de partir supo que le exiaba una escuadra francesa á la altura del cabo de San Vicente, con el objeto de poner obstáculos á su expedicion. Para evitarla, se dirigió á la isla de Madera, donde se detuvo, y desde esta isla envió á todos sus buques, ménos tres, al mando de los capitanes Pedro Arana, Alonso Sanchez de Carbajal y Juan Antonio Colon, que era pariente suyo. El mismo con un bajel y dos carabelas, puso la proa al mediodía con la intencion de cortar el ecuador y buscar tierras más meridionales, que segun la opinion generalmente admitida, debian ser más ricas en producciones de todas clases.

El 27 de junio tocó la flotilla en las islas de la Sal y de Santiago, que forman parte del archipiélago del Cabo-Verde. Desde aquí volvió á partir el 4 de julio; hizo ciento veinte leguas al Sudoeste, experimentó las largas calmas y calores tórridos, y al llegar á Sierra Leona se dirigió directamente hácia el Oeste.

El 31 de julio, á mediodía, uno de los marineros anunció tierra. Era una isla situada al extremo Nordeste de la América meridional, y muy próxima á la costa.

El almirante le dió el nombre de la Trinidad, y toda la tripulacion entonó el *Salve Regina* con acentos de gra-

titud. Al día siguiente, 1° de agosto, á cinco leguas del punto señalado, el buque y las dos carabelas anclaron cerca de la punta de Alcaraz. El almirante hizo bajar á tierra algunos de sus marineros para renovar sus provisiones de agua y de leña. La costa parecia deshabitada, pero notábanse en ella numerosas huellas de animales que debian ser cabras.

El 2 de agosto, una larga canoa ocupada por veinticuatro naturales, se acercó á los buques. Estos indios de elevada estatura, más blancos de piel que los indígenas de la isla Española, llevaban en la cabeza un turbante de lienzo de algodón de vivos colores, y alrededor del cuerpo un tonelete de la misma tela. Procuróse hacerlos subir á bordo, ofreciéndoles espejos y dijes de vidrio, y los marineros para inspirarles más confianza, comenzaron á bailar alegres danzas; pero los naturales, espantados con el ruido del tamboril, que les pareció una demostracion hostil, contestaron con una nube de flechas y se dirigieron hácia una de las carabelas; allí intentó apaciguarlos un piloto dirigiéndose hácia ellos; pero en breve se alejó la canoa y no volvió á aparecer.

Cristóbal Colon se hizo entónces nuevamente á la mar, y descubrió una nueva isla, á la que dió el nombre de Gracia; pero lo que creyó ser una isla, era realmente la costa americana; eran las costas de Venezuela que forman el delta del Orinoco, entrecortado por los

múltiples brazos de este río. Aquel día fué cuando descubrió verdaderamente Còlon el continente americano, aunque sin saberlo, por la parte de Venezuela que se llama provincia de Cumana.

Entre esta costa y la isla de la Trinidad, forma la mar un golfo peligroso, el golfo de Paria, en el cual difícilmente puede resistir un buque las corrientes que impulsan al Oeste con suma rapidez. El almirante se creía en alta mar, y corrió grandes peligros en este golfo, porque los ríos del continente, sumamente crecidos por una avenida accidental, precipitaban sobre sus buques masas de agua considerables. Hé aquí en qué términos refiere Cristóbal Colon este incidente en la carta que escribió al rey y á la reina.

« Hallándome en la cubierta á una hora avanzada de la noche, oí una especie de rugido terrible; traté de penetrar la oscuridad. y de improviso ví la mar, semejante á una colina tan alta como el buque, que se adelantaba lentamente sobre nosotros por la parte del Sur. Por encima de esta colina venia una corriente con grande estrépito. Creí verdaderamente entónces que estábamos á punto de ser tragados, y áun en el día experimento una impresion dolorosa á semejante recuerdo; más por fortuna pasaron la corriente y el oleaje; se dirigieron hácia la embocadura del canal donde lucharon por largo tiempo y desaparecieron. »

Sin embargo, á pesar de las dificultades de esta navegacion, el almirante, recorriendo esta mar cuya agua era más apacible á medida que se elevaba hácia el Norte, reconoció diversos cabos, el uno al Este en la isla de la Trinidad, el cabo Peña-Blanca; el otro al Oeste en el promontorio de Paria, que es el cabo de Lapa; vió muchos puertos, entre otros, el puerto de los Monos, situado á la embocadura del Orinoco. Colon tomó tierra hácia el Oeste de la punta Cumana, y obtuvo muy buena acogida por parte de los habitantes, que eran numerosos. Hácia el Occidente, más allá de la punta Alcatraz era magnífico el terreno, y los indígenas afirmaban que en él se recogia mucho oro y perlas.

Colon hubiera querido permanecer algun tiempo en esta parte de la costa; pero no se veia en ella ningun abrigo para sus buques; y por otra parte, su salud seriamente alterada y su vista afectada bastante gravemente, reclamaban descanso y le urgia llegar al puerto de la Isabela, tanto por él como por su tripulacion que se hallaba fatigada. Avanzó pues, por la costa venezolana cuanto pudo, manteniendo relaciones con los indígenas. Estos indios eran de muy buena complexion y de agradable fisonomía; sus habitaciones revelaban cierto gusto; tenian casas con sus fachadas, y en ellas se veian algunos muebles bien hechos. Llevaban al cuello placas de oro. En cuanto al país era soberbio;

sus rios, sus montañas, sus bosques inmensos constituan como una tierra de predileccion. Así fué que el almirante bautizó esta hermosa comarca con el nombre de Gracia y se trató por medio de una larga discusion, que allí estuvo situada la cuna del género humano; allí, aquel Paraíso terrenal que habitaron Adan y Eva por tanto tiempo. Para comprender hasta cierto punto esta opinion del gran navegante, no debe olvidarse que creia hallarse en las costas del Asia. Este sitio encantador, fué llamado por él los Jardines.

El 23 de agosto, despues de haber salvado no sin peligros, ni fatigas, las corrientes de aquel estrecho, Cristóbal Colon salió del golfo de Paria por el paso llamado la Boca del Dragon, cuya denominacion se ha conservado hasta nosotros. No bien llegaron á alta mar los españoles, descubrieron la isla de Tabago, situada al Nordeste de la Trinidad; luego, más al Norte, la Concepcion, hoy Granada. Entónces el almirante puso la proa al Sudoeste, y volvió hácia la costa americana, la cual siguió en una extension de cuarenta leguas; recorrió el 25 de agosto la poblada isla Margarita, y finalmente la isla Cubaga, situada cerca de tierra firme. En este sitio, habian fundado los indígenas una pesquería de perlas, y se ocupaban en recoger este precioso producto. Colon envió á tierra una canoa, y efectuó varios cambios muy ventajosos, pues por pedazos de loza ó cas-



PESCADORES DE PERLAS

cabeles, obtuvo muchas libras de perlas, algunas de las cuales eran muy gruesas y de un magnífico oriente.

Habiendo llegado á este punto de su descubrimiento, se detuvo, pues aunque la tentacion de explorar este país era grande, la tripulacion y su mismo jefe se hallaban extenuados. Empeñóse pues el rumbo hácia Santo Domingo, donde intereses más graves requerian la presencia de Cristóbal Colon.

Antes de su partida habia autorizado á su hermano para echar los cimientos de una nueva ciudad. Con este objeto, don Bartolomé habia recorrido las diversas comarcas de la isla. Habiendo encontrado á cincuenta leguas de Isabela un puerto magnífico, en la embocadura de un hermoso rio, trazó las primeras calles de una ciudad, que fué más adelante la Santo Domingo. En este sitio fué donde fijó su residencia don Bartolomé, mientras don Diego permaneció de gobernador de la Isabela. De esta suerte reunian los dos hermanos de Colon toda la administracion de la colonia; pero agitábanse ya muchos descontentos y se disponian á rebelarse contra su autoridad. En estas circunstancias fué cuando llegó el almirante á Santo Domingo, el cual dió la razon á sus hermanos, quienes por otra parte habian administrado bien los negocios; y publicó una proclama para reducir á la obediencia á los españoles rebeldes. Después, el 18 de octubre, hizo partir cinco hajeles á Es-

paña, con un oficial encargado de dar á conocer al rey los nuevos descubrimientos y el estado de la colonia, puesto en peligro por los fautores del desorden.

Pero en aquel momento, los asuntos de Cristóbal Colon tomaban mal giro en España. Desde su partida, no habian cesado de acumularse las calumnias contra él y sus hermanos. Algunos rebeldes, arrojados de la colonia, denunciaban esta envanecida dinastía de los Colones, y excitaban los celos de un monarca vanidoso é ingrato. La misma reina, hasta entónces fiel protectora del marino genovés, se disgustó al ver llegar en los bajeles un convoy de trescientos indios arrancados de su país y tratados como esclavos. Pero Isabel ignoraba que semejante abuso de fuerza se habia verificado á pesar de Colon durante su ausencia. No por eso dejó de ser juzgado ménos responsable el almirante, y para conocer su conducta, envió la córte á la isla Española á un comendador de Calatrava llamado Francisco Bovadilla, al cual se dieron los títulos de intendente de justicia y de gobernador general, lo que era realmente destituir á Colon. Bovadilla, investido con este poder discrecional, partió con dos carabelas á fin de junio de 1500, y el 23 de agosto, los colonos divisaron dos buques que trataban de entrar en el puerto de Santo Domingo.

Cristóbal Colon y su hermano don Bartolomé, esta-

ban entónces ausentes haciendo levantar un fuerte en el canton de Xaragua, de cuyo mando estaba encargado en su nombre don Diego. Bovadilla saltó á tierra y fué á oír misa, desplegandõ durante esta ceremonia una ostentacion muy significativa; despues, mandó á don Diego que compareciese á su presencia y le ordenó que resignara sus poderes en sus manos. Avisado Cristóbal Colon por un mensajero, llegó á toda prisa. Enteróse de las cartas patentes de Bovadilla, y no bien las hubo leído, le reconoció como intendente de justicia, pero no como gobernador general de la colonia.

Entónces Bovadilla le entregó una carta del rey y de la reina, concebida en estos términos :

« Don Cristóbal Colon, nuestro almirante en el Océano.

« Hemos ordenado al comendador don Francisco Bovadilla que os explique nuestras intenciones. Os ordenamos que le deis fe y ejecuteis lo que os diga de nuestra parte.

YO EL REY; YO LA REINA. »

No se hacian mencion en aquella carta del título de virey que pertenecia á Colon segun el convenio firmado solemnemente por Fernando é Isabel. Colon reprimió su justa cólera y se sometió. Pero levantóse contra el almirante caido en desgracia, todo el campo de los fal-



CRISTÓBAL COLON ATADO COMO UN CRIMINAL.

sos amigos. Todos los que debian su fortuna á Colon, se volvieron contra él y le acusaron de haber querido hacerse independiente. ¡Necias acusaciones! ¡Cómo habia de habersele ocurrido tal idea á un genovés que estaba solo, en medio de una colonia de españoles!

Bovadilla juzgó la ocasion propicia para cebarse en él. Don Diego estaba ya preso; el gobernador hizo aherrojar á don Bartolomé y al mismo Cristóbal Colon. Acusado el almirante de alta traicion, fué embarcado con sus dos hermanos, siendo conducidos á España en un bajel, mandado por Alonso Vallejo. Este oficial, hombre de ánimo resuelto, avergonzado del trato que sufría Colon, quiso quitarle las ligaduras que le sujetaban; pero Colon se negó á ello. El que habia conquistado el nuevo mundo, quiso llegar cargado de cadenas al reino de España que habia enriquecido.

El almirante hizo bien en obrar así, porque al verle en tal estado de humillacion, atado como un malhechor, tratado como un criminal, se sublevó el sentimiento público. El reconocimiento hácia el hombre de genio abrióse paso al traves de las malas pasiones sobreexcitadas tan injustamente! Fué aquello una sublevacion de cólera contra Bovadilla. El rey y la reina, arrastrados por la opinion, reprobaron agriamente la conducta del comendador, y dirigieron á Cristóbal Colón una afectuosa carta, invitándole á ir á la córte.

Tuvo, pues, aún un gran día Colon. Presentóse delante de Fernando é Isabel, no como acusado sino como acusador; luego, destrozándole el alma el recuerdo de los indignos tratamientos que había sufrido, prorumpió en llanto el grande hombre é hizo llorar á los que le rodeaban. Explicó su conducta con altivez. Acusábasele de ambicion; de haberse enriquecido con la administracion de la colonia, y se presentaba tal como se encontraba, casi sin recursos; sí, el que acababa de descubrir un mundo no poseia un tejado bajo el cual poder abrigar su cabeza!

Isabel buena y compasiva, lloró con el anciano marino y estuvo largo rato sin poder contestarle; hasta tal punto la ahogaban las lágrimas. Finalmente salieron de sus labios palabras afectuosas; aseguró á Colon que contara con su proteccion: le prometió vengarle de sus enemigos; se excusó de la mala eleccion que se había hecho, enviando á Bovadilla á las islas, y juró que haria un castigo ejemplar. Sin embargo, rogó al almirante que esperase algun tiempo ántes de tomar nuevamente posesion de su gobierno, con el fin de que los ánimos prevenidos contra' él pudiesen volver á recobrar el sentimiento del honor y de la justicia.

Cristóbal Colon quedó tranquilizado con las bondadosas palabras de la reina; mostróse satisfecho de la manera como le habian recibido, y comprendió la nece-

sidad de que trascurriera el plazo que le pedia la reina Isabel. Sus principales deseos eran continuar sirviendo á su país y á su soberano adoptivo, dejando entrever las grandes empresas que podían intentarse en la vía de los descubrimientos. En efecto, su tercer viaje, no obstante su corta duración, no había sido infructuoso, y el mapa se había enriquecido con los nombres nuevos de la Trinidad, el golfo de Paria, la costa de Cumana y las islas Tabago, Granada, Margarita y Cubaga.

V

Cuarto viaje : Una escuadrilla de cuatro buques. — La Gran Canaria. — La Martinica. — La Dominica. — Santa Cruz. — Puerto Rico. — La isla Española. — La Jamáica. — La isla de los Caimanes. — Isla de Pinos. — Isla de Guanaja. — Cabo Honduras. — La costa americana de Trujillo en el golfo de Darien. — Islas Limonares. — Isla Huerta. — Costa de Veragua. — Terrenos auríferos. — Rebelion de los indigenas. — El sueño de Colon. — Porto Bello. — Las Mulatas. — Detencion en la Jamáica. — Miseria. — Sublevacion de los Españoles contra Colon. — El eclipse de luna. — Llegada de Colon á la isla Española. — Regreso de Colon á España. — Su muerte el 20 de marzo de 1506.

Cristóbal Colon había reconquistado en la corte de Fernando é Isabel, todo el favor que se le debía. Aunque á veces el rey le manifestara todavía cierta frialdad, la reina le protegía calurosa y ostensiblemente. Sin embargo, no se le había devuelto aún su título de virey;

pero el almirante, como hombre superior no lo reclamó. Tuvo, por otra parte la satisfaccion de ver á Bovadilla destituido, no sólo por el abuso que habia hecho de su poder, sino tambien porque su conducta para con los indios habia llegado á ser atroz. Este hombre llevó su inhumanidad hasta el punto de que durante su administracion disminuyera sensiblemente la poblacion indígena.

Entre tanto, la isla Española comenzaba á ver cumplidas las promesas de Colon, el cual no pedia más de tres años para aumentar en sesenta millones las rentas de la corona. Recogíase el oro en abundancia en aquellas minas mejor explotadas : ya un esclavo habia desenterrado en las orillas del rio Hayna un pedazo que pesaba tres mil seiscientos escudos de oro, y podia ya preverse que las nuevas colonias encerraban riquezas incalculables.

El almirante no pudiendo permanecer inactivo, pidió al punto que se le permitiera emprender el cuarto viaje, no obstante contar la edad de sesenta y seis años. Las razones que alegaba en favor de esta nueva expedicion eran muy plausibles. En efecto, un año ántes del regreso de Colon, el portugués Vasco de Gama, habia vuelto de las Indias, despues de haber doblado el cabo de Buena Esperanza. Pues bien, Colon queria, yendo á él por las rutas del Oeste, mucho más seguras y mucho más cor-

tas hacer una séria competencia al comercio portugués. Continuaba, pues, sosteniendo, en su creencia de haber llegado á las tierras del Asia, que las islas y continentes descubiertos por él, sólo estaban separados de las Molucas, por un estrecho. Quería, pues, sin tocar en la isla Española y en las colonias ya instaladas, ir directamente á las Indias. Así, pues, el virey destituido volvía á ser el audaz navegante de sus primeros años.

El rey accedió á la demanda del almirante, y le confió el mando de una escuadrilla compuesta de cuatro buques, el *Santiago*, el *Gallego*, el *Vizcaíno* y una carabela capitana. El mayor de aquellos buques no media más de setenta toneladas; el más pequeño, tan sólo cincuenta. En realidad no eran más que barcos de cabotaje.

Cristóbal Colon salió de Cádiz el 9 de mayo de 1502 con ciento cincuenta hombres de tripulación. Llevaba consigo á su hermano Bartolomé y á su segundo hijo, Fernando, de edad apénas de trece años, que era fruto de su segundo matrimonio.

El 20 de mayo, los buques llegaron á la Gran Canaria, y el 15 de junio á una de las islas del Viento la Martinica; despues tocaron en la Dominica, en Santa Cruz y en Puerto Rico, y finalmente, despues de una feliz travesía, llegaron el 29 de junio delante de la isla Española.

La intencion de Colon, aconsejado en esto por la

reina, era no poner el pié en esta isla, de donde habia sido tan indignamente arrojado : pero no soportando la mar su carabela, por ser de mala construccion y siendo urgente carenarla, pidió permiso al gobernador para entrar en el puerto.

El nuevo gobernador que habia sucedido á Bovadilla era un caballero de la órden de Alcántara, llamado Nicolás Ovando, hombre justo y moderado. Sin embargo, por un exceso de prudencia, pretextando que la presencia de Colon en la colonia podria ocasionar desórdenes, le negó la entrada en el puerto. Colon ahogó en su corazon la indignacion que debia causarle semejante conducta, y correspondió con un buen consejo á tan mal proceder.

En efecto, la flota que debia conducir á Bovadilla á España, y asimismo el enorme pedazo de oro é inmensas riquezas, estaba dispuesta á darse á la vela ; pero el tiempo amenazaba tormenta, y habiendo observado Colon con su perspicacia de marino, señales de una próxima borrasca, hizo que se comprometiera el gobernador á no exponer los buques y sus tripulaciones. Ovando no hizo caso alguno del consejo del almirante. Los buques se hicieron á la mar, y aún no habian llegado á la punta oriental de la isla, cuando un terrible huracan hizo perecer veintiuno de ellos, con toda su tripulacion y cuanto llevaba. Ahogáronse Bovadilla y la

mayor parte de los enemigos de Cristóbal Colon, mientras que por una excepcion, por decirlo así providencial, el buque que llevaba los restos de la pequeña fortuna de los Colones, se libró del desastre. El Océano acababa de tragarse sobre diez millones de oro y de piedras preciosas.

Entre tanto, las cuatro carabelas del almirante, rechazadas del puerto, habian huido ante la tempestad, y aunque estuvieron desamparadas y apartadas unas de otras, consiguieron volver á reunirse. La borrasca las llevó el 14 de julio á la vista de la Jamáica, desde donde las arrastraron grandes corrientes al Jardin de la Reina, y despues en direccion del Este, cuarto Sudoeste. La flotilla luchó entónces durante sesenta dias, sin hacer más de sesenta leguas, siendo al fin rechazada hácia la costa de Cuba, lo cual ocasionó el descubrimiento de las islas Caimanes y de la isla de los Pinos.

Cristóbal Colon hizo entónces rumbo hácia el Sudoeste por medio de mares que ningun buque europeo habia recorrido todavía. Lanzábase nuevamente en la via de los descubrimientos con todas las apasionadas emociones del navegante. La fortuna le condujo hácia la costa setentrional de la América el 30 de julio, reconoció la isla de Guanaja, y el 14 de agosto tocó en el cabo de Honduras, en esa lengua de tierra que prolongada por el istmo de Panamá, reúne los dos continentes.

Así, pues, costeaba Colon por segunda vez, sin saberlo, la verdadera tierra americana. Siguió los contornos de aquellas playas durante más de nueve meses, en medio de peligros y de luchas de todo género, y levantó el plano de estas costas, desde el sitio donde estuvo despues Trujillo hasta el golfo de Darien. Cada noche echaba el áncora para no alejarse de la tierra, y así llegó hasta el límite oriental que termina bruscamente en el cabo de Gracias á Dios. Dobló este cabo el 14 de setiembre, pero se vió asaltado por golpes de viento tan fuertes como jamas los habia experimentado el más antiguo marinero de su tripulacion. Hé aquí en qué términos refiere este terrible episodio en su carta al rey de España : « Por espacio de ochenta dias continuaron las olas sus asaltos, y mis ojos no vieron ni el sol, ni las estrellas, ni planeta alguno ; mis buques entreabiertos ; mis velas rotas ; las jarcias, las lanchas y la arboladura, todo se habia perdido ; mis marineros, enfermos y consternados, se entregaban á los piadosos deberes de la religion ; ninguno dejaba de ofrecer en voto peregrinaciones, y todos se confesaban mutuamente, temiendo á cada instante ver el término de su existencia. He presenciado muchas tempestades, pero ninguna tan prolongada y tan violenta. Muchos de mis hombres que pasaban por marineros intrépidos perdieron el valor ; pero lo que me llegaba profundamente al alma era el

dolor de mi hijo, cuya juventud acrecentaba mi desesperacion y á quien consideraba víctima de mayores penas y tormentos que ninguno de nosotros. Sólo Dios sin duda fué quien le prestó tal fortaleza; pues él solo reanimaba el valor y excitaba la resignacion de los marineros en sus duros trabajos : finalmente, parecia un navegante envejecido en las tempestades ; cosa admirable y difícil de creer y que venia á comunicarme alguna satisfaccion en las penas que me agobiaban! Hallábame enfermo, y várias veces creí aproximarse mi último instante... Finalmente, para colmo de desgracia, veinte años de servicios, de fatigas y de peligros, no me han procurado utilidad alguna, puesto que actualmente no poseo un techado en España, y cuando quiero tomar algun descanso y los alimentos más comunes, tengo que acudir á una posada ; y aún llega á acontecerme con frecuencia que no me es posible pagar mi estancia... »

¿No indican estas líneas los grandes y supremos dolores con que se hallaba abrumada el alma de Cristóbal Colon? En medio de tantos peligros é inquietudes ¿cómo podia conservar la energía necesaria á un jefe de expedicion?

Todo el tiempo que duró la tempestad, los buques recorrieron la costa que lleva sucesivamente los nombres de Honduras, Mosquitos, Nicaragua, Costa-Rica, Veragua y Panamá: Las doce islas Limonares fueron

descubiertas durante este período. Finalmente, el 25 de setiembre, se detuvo Colon entre la isla de la Huerta y el continente; luego, el 5 de octubre, partió de nuevo, y despues de recorrer la bahía del Almirante, echó el ancla delante de la aldea de Cariay. Allí fueron reparados los buques, y descansaron hasta el 15 de octubre.

Cristóbal Colon creyó entónces haber llegado no léjos de la embocadura del Ganges, y al hablarle los naturales de cierta provincia de Ciguara, cercada por el mar, parecian confirmar esta opinion. Suponian tambien que la comarca encerraba abundantes minas de oro, la más importante de las cuales se hallaba situada á unas veinticinco leguas hácia el Sur. Volvió á hacerse á la mar y comenzó á seguir la escarpada costa de Veragua. En esta parte del continente los indios parecian muy salvajes. El 26 de noviembre entró la escuadrilla en el puerto del Retrete, que forma el puerto actual de Escribanos. Los buques, roidos por los gusanos, se hallaban en el más lamentable estado, por lo que fué preciso reparar sus averías y prolongar la permanencia en el Retrete. Colon no salió de este puerto sino para sufrir otra tempestad más horrible aún que las anteriores : « Durante nueve dias, dice, permanecí sin ninguna esperanza de salvacion. Jamas hombre alguno vió una mar más violenta y más terrible; hallábase cubierta de espuma : el viento no permitia seguir hácia ad-

lante ni por la proa hácia ninguna parte; y me retenia en aquella mar, cuyas olas parecian de sangre, y estaban hirviendo como si estuvieran al fuego. Jamas ví un cielo de más espantoso aspecto, ardiendo todo un día y una noche como un horno; despedia sin cesar rayos y centellas, de suerte que temia á cada momento ver desaparecer las velas y los mástiles. Retumbaba el trueno con tan horrible estrépito, que parecia que iba á destruir nuestros buques; y entre tanto caia la lluvia con tal violencia, que parecia un nuevo diluvio. Extenuados los marineros con tantas fatigas y tormentos, invocaban la muerte como término á tantos males; mis buques estaban abiertos por doquiera, y las lanchas, las anclas, las jarcias y las velas, todo estaba perdido. »

Durante esta larga y penosa navegacion, hábia recorrido cerca de trescientas cincuenta leguas. La tripulacion habia agotado sus fuerzas. Vióse, pues, obligado á retroceder y á ganar la costa de Veragua; pero no habiendo encontrado un abrigo seguro para sus buques, se fué no léjos de la embocadura del rio de Belen, que es en el dia el rio Yebra, en la cual fondeó el dia de la Epifanía del año 1503. A la mañana siguiente volvió á comenzar la tempestad, y en el dia 24 de enero experimentó tan rápida crecida el rio, que se rompieron las amarras de los buques y no pudo salvárseles sino con gran trabajo.



MINAS DE ORO EN CUBA. (FACSIMILE, GRABADO ANTIGUO.)

Sin embargo, no olvidando el objeto principal de su mision en estas nuevas tierras, habia conseguido establecer relaciones con los indigenas. El cacique de Belen se mostraba complaciente y designó, á cinco leguas en el interior, una comarca donde debian ser muy ricas las minas de oro. El 6 de febrero Cristóbal Colon expidió hácia el sitio indicado un destacamento de setenta hombres, bajo la direccion de su hermano Bartolomé. Despues de haber atravesado un terreno muy accidentado y surcado por rios tan sinuosos, que hubo que cruzar uno de ellos treinta y nueve veces durante el trayecto, los españoles llegaron á los terrenos auríferos, que eran inmensos, y se extendian hasta perderse de vista. Abundaba tanto el oro en ellos, que un hombre solo podia recoger una medida en diez dias. En cuatro horas recogieron Bartolomé y sus compañeros una cantidad enorme, y volvieron adonde estaba el almirante, el cual, no bien supo este resultado, determinó establecerse en la costa é hizo construir en ella barracas de madera.

Las minas de esta region eran verdaderamente de una incomparable riqueza ; parecian inagotables, y por ellas olvidó Colon á Cuba y Santo Domingo. Su carta al rey Fernando demuestra su entusiasmo, y es cosa extraña que este hombre escribiera las siguientes palabras, que ni son propias de un filósofo, ni de un cristiano. « ¡ Oro, oro ! ; excelente cosa ! ; Del oro provienen las

riquezas! ; Con él se consigue todo en el mundo, y su poder es á veces suficiente para hacer que entren las almas en el Paraíso! »

Los españoles trabajaban, pues, con ardor en amontonar oro en sus buques. Hasta entónces las relaciones con los indígenas habian sido pacíficas, á pesar de ser estas gentes de un carácter feroz. Pero en breve, irritado el cacique con la usurpacion que habian efectuado los extranjeros, resolvió degollarlos y quemar sus habitaciones. Un dia, pues, se arrojó sobre los españoles con fuerzas considerables. Hubo gran batalla. Los indios fueron rechazados. El cacique cayó prisionero con toda su familia; pero sus hijos y él mismo consiguieron escaparse, y ganaron la region de las montañas con gran número de sus compañeros. Más adelante, en el mes de abril, formando los indígenas una tropa considerable, atacaron por segunda vez á los españoles que los exterminaron en gran parte.

Entre tanto la salud de Colon se empeoraba cada dia. Faltábale el viento para hacerse á la mar, lo cual le desesperaba. Un dia, rendido de fatiga, se quedó dormido. En su sueño oyó una simpática voz que le dictó estas palabras que vamos á repetir textualmente, porque están impregnadas de cierta religiosidad estática que completa la personalidad del anciano navegante. Hé aquí cuáles fueron :

« ¡ Oh, insensato ! ¿ Por qué tanta lentitud en creer y en servir á tu Dios, el Dios del universo ? ¿ Hizo acaso más por Moisés y por David su siervo ? Desde tu nacimiento no te demostró la mas tierna solicitud ; y cuando llegaste á la edad de realizar sus designios ¿ no hizo resonar gloriosamente tu nombre por la tierra ? ¿ No te ha dado las Indias, esa patria tan rica del mundo ? ¿ No te ha dejado en libertad de ofrecerlas en homenaje á quien quieras ? ¿ A quién sino á tí prestó los medios de ejecutar sus proyectos ? La entrada del Océano estaba impedida con cadenas que no se podian romper, y Dios te entregó las llaves para que entraras. Tu poder fué reconocido en tierras remotas y tu gloria fué proclamada por todos los cristianos. ¿ Mostróse Dios más favorable al pueblo de Israel cuando le sacó del Egipto ? ¿ Protegió más eficazmente á David cuando le hizo, de pastor, rey de Judea ? Vuélvete hácia Él y reconoce tu error, porque su misericordia es infinita. Tu vejez no será obstáculo para verificar las grandes cosas que te esperan, porque en sus manos tiene los destinos más brillantes. ¿ No tenia cien años Abraham y no habia pasado Sara de su primer juventud cuando nació Isaac ? Llamas á un socorro incierto. Responde : ¿ quién te ha expuesto á tantos peligros ? ¿ Ha sido Dios ó el mundo ? Nunca falta Dios á las promesas que concede á sus servidores. No es, pues, Él quien, despues de haber recibido un

servicio, pretende que no se sigan sus instrucciones y quien da á sus órdenes nueva interpretacion. No es Él quien reviste con favorables colores los actos arbitrarios. No da á sus palabras interpretaciones contrarias á su sentido ; lo que promete lo concede con usura. Siempre procede así. Ya te he dicho todo lo que el Creador ha hecho por tí ; en este momento te muestra el premio y la recompensa de los peligros y de las penas de que has sido blanco por el servicio de otros. » Y yo, aunque extenuado por los padecimientos, escuché este discurso, pero no tuve toda la fuerza necesaria para contestar á promesas tan seguras, y me contenté con llorar mis errores. Aquella voz acabó de hablar en estos términos : « Espera y confía ; tus trabajos serán grabados en mármol, y lo serán con justicia. »

Cristóbal Colon no bien se sintió restablecido, pensó en abandonar esta costa. Hubiera querido fundar en ella un establecimiento ó factoría, pero sus tripulantes no eran bastante numerosos para que se arriesgara á dejar parte de ellos en tierra. Las cuatro carabelas estaban carcomidas por los gusanos. Tuvo, pues, que abandonar una de ellas en Belen y se hizo á la vela el dia de Pascua. Mas apénas entró treinta leguas mar adentro, se declaró una via de agua en uno de los buques. El almirante tuvo que volver á ganar la costa á toda prisa y llegó felizmente á Porto Bello, donde dejó aquella

embarcacion cuyas averías eran irrepárables. La flotilla no se componia ya entónces más que de dos carabelas, sin chalupas, casi sin provisiones, y tenia que recorrer siete mil millas. Remontó, pues, la costa, pasó por delante del puerto del Retrete, reconoció el grupo de las Mulatas y penetró en el golfo de Darien, el cual fué el punto extremo que tocó en el Este Colon.

El 1°. de mayo se dirigió hácia la isla Española; el 10 de mayo habia llegado á la vista de las islas Caimanes; pero no pudo dominar los vientos que le rechazaron al Noroeste hasta cerca de Cuba. Allí, en una tempestad, en medio de los arrecifes, perdió sus velas, sus anclas y chocaron entre sí sus dos buques durante la noche. Despues, arrojándole el huracan hácia el Sur, volvió con sus deshechas embarcaciones á la Jamáica, fondeando el 23 de junio en el puerto de San-Gloria, que despues fué la bahía de don Cristóbal. Quería ganar la isla Española, donde habia los recursos necesarios para recomponer sus buques, recursos que faltaban absolutamente en la Jamáica; pero sus dos carabelas, carcomidas por los gusanos, parecidas « á panales de abejas, » no podian intentar impunemente esta navegacion de treinta leguas. Ahora bien : ¿cómo enviar un mensaje á Ovaudo, gobernador de la isla Española?

Entre tanto las carabelas hacian agua por todas partes, y tuvo que vararlas en la playa, luego trató de



CRISTÓBAL COLON MANDÓ VARAR LAS CARABELAS

organizar la vida comun en estas costas. Los indios fueron en seguida en su auxilio y suministraron á la tripulacion los víveres que necesitaba. Pero estos desgraciados marineros, que habian pasado tantos trabajos, manifestaban su descontento contra el almirante y se hallaban dispuestos á rebelarse contra él. El desgraciado Colon, quebrantado por la enfermedad, no se levantó ya de su lecho de dolor.

En estas circunstancias dos valientes oficiales Mendez y Fieschi propusieron al almirante que intentara hacer en piraguas indias la travesía de la Jamáica á la isla Española. En realidad era un viaje de doscientas leguas, porque era preciso volver á subir la costa hasta el puerto de la colonia. Pero los valerosos oficiales estaban dispuestos á hacer frente á toda clase de peligros, porque se trataba de la salvacion de sus compañeros. Cristóbal Colon, comprendiendo esta audaz proposicion que él mismo hubiera hecho en cualquiera otra circunstancia, autorizó á Mendez y Fieschi para que partiesen; y él, no teniendo ya buques ni víveres, permaneció con su tripulacion en aquella isla salvaje.

En breve la miseria de estos náufragos, pues tal nombre puede dárselos, fué tanta, que estalló una sublevacion. Los compañeros del almirante, ciegos de cólera á causa de lo mucho que habian sufrido, se imaginaron que su jefe no se atrevia á volver al puerto de



CANOAS INDIAS

la isla Española cuya entrada le habia negado ya el gobernador Ovando, y creyeron que esta proscricion les comprendia á ellos lo mismo que al almirante. Dijeron tambien que el gobernador, al negar á la flotilla la entrada en los puertos de la colonia, debia haber obrado de órden del rey. Estos absurdos razonamientos sublevaron aquellos ánimos mal dispuestos, y finalmente, el 2 de enero de 1504, el capitan de una de las carabelas, el tesorero militar y dos hermanos llamados Porras, se pusieron á la cabeza de los descontentos. Pretendian regresar á Europa y se precipitaron en la tienda del almirante gritando : ¡á Castilla, á Castilla!

Colon se hallaba enfermo y en cama. Su hermano y su hijo acudieron á escudarle con sus cuerpos. Los rebeldes, á la vista del anciano almirante, se detuvieron y aplacóse su ira. Pero no quisieron escuchar sus advertencias y sus consejos ; no comprendieron que no podian salvarse sino por medio de un acuerdo general, y trabajando cada uno, olvidándose de sí mismo, por la salvacion general. Habian resuelto ya abandonar la isla con cualquier pretexto. Porras y los sublevados concurren, pues, á la playa, apoderáronse de las canoas de los indigenas y se dirigieron á la extremidad oriental de la isla. Allí, no respetando ya nada, fuera de sí de furor, saquearon las cabañas de los indios, haciendo de esta suerte al almirante responsable de sus violencias, y

arrastraron á algunos desgraciados naturales del país á bordo de las canoas que habian robado. Porras y los suyos continuaron su navegacion; pero á pocas leguas de la costa fueron sorprendidos por un golpe de viento que les puso en gran peligro, y para aligerar sus embarcaciones, arrojaron sus prisioneros á la mar. Despues de esta bárbara ejecucion intentaron ganar con sus canoas la isla Española como lo habian hecho Mendez y Fieschi, pero fueron obstinadamente arrojados á la costa de la Jamáica.

Sin embargo, Colon que se habia quedado solo con sus amigos y los enfermos, consiguió restablecer el órden en la gente que estaba á sus órdenes. Pero la miseria iba en aumento y el hambre era amenazadora. Los indígenas se cansaban de alimentar á estos extranjeros cuya permanencia se prolongaba en la isla.

Por otra parte, habian visto á los españoles reñir entre sí, lo cual habia concluido por dar en tierra con su prestigio. Estos indígenas comprendian al fin que los europeos no eran más que simples mortales, llegando á no respetarlos y á no temerlos. La autoridad de Colon sobre las poblaciones indias disminuia de dia en dia, y fué preciso una circunstancia fortúita de que se aprovechó hábilmente para recobrar un prestigio tan necesario para la salvacion de sus compañeros.

Debia verificarse en un dia determinado un eclipse

de luna, previsto y calculado por Colon. En la mañana misma de este dia pidió una entrevista á los caciques de la isla. Estos acudieron á la invitacion, y cuando estuvieron reunidos en la tienda de Colon, este les anunció que queriendo Dios castigarles por su falta de hospitalidad y por sus malas disposiciones para con los españoles, les privaria por la noche de la luz de la luna. En efecto, todo aconteció como lo habia anunciado. La sombra de la tierra fué á ocultar la luna cuyo disco parecia habérselo tragado un monstruo formidable. Los salvajes espantados se arrojaron á los piés de Colon suplicándole que intercediera con el cielo en favor suyo, y prometiendo poner todas sus riquezas á su disposicion. Colon, pues, fingió hábilmente alguna vacilacion y aparentó rendirse á las súplicas de los indígenas. Con el pretexto de implorar á la divinidad, corrió á encerrarse en su tienda miéntras duraba el eclipse, y no volvió á salir de ella hasta el momento en que iba á terminar el fenómeno. Entónces anunció á los caciques que el cielo se habia conmovido á sus ruegos, y extendiendo el brazo, mandó á la luna que volviera á aparecer. En breve el disco salió del cono de la sombra, brillando en todo su esplendor el astro de la noche. Desde aquel dia los indios, reconocidos y sumisos, aceptaron aquella autoridad del almirante que las potestades celestiales les imponian de un modo tan manifiesto.

Miéntas tenían lugar estos sucesos en la Jamáica, Mendez y Fieschi habían conseguido su objeto hacia largo tiempo. Estos valientes oficiales, despues de una milagrosa travesía de cuatro dias verificada en una débil canoa, habían llegado á la isla Española. Al punto hicieron saber al gobernador la desesperada situacion de Cristóbal Colon y de sus compañeros. Ovando, rencoroso é injusto, detuvo á los dos oficiales, y con pretexto de que le dieran cuenta del verdadero estado de las cosas, despachó á la Jamáica, al cabo de ocho meses, á un tal Diego Escobar, que era enemigo particular del almirante. Escobar, en cuanto llegó á esta isla, no quiso comunicarse con Cristóbal Colon, ni desembarcar; contentándose con echar á tierra, á disposicion de aquellos desgraciados, un cerdo y un barril de vino. Despues se marchó sin admitir á bordo á persona alguna. La conciencia se niega á creer tales infamias que por desgracia son demasiado ciertas.

El almirante se indignó al saber tan cruel burla, pero no se dejó arrebatarse ni expresó queja alguna. Además la llegada de Escobar debía consolar á los náufragos, porque probaba que era conocida su situacion. Su salvacion no era pues más que cuestion de tiempo, con lo que se fueron reanimando poco á poco aquellos españoles.

Entónces intentó atraer á sí á Porras y á los rebeldes, quienes, desde su separacion, no cesaban de asolar

la isla y de ejercer con los desgraciados indígenas odiosas crueldades. Propúsole congraciarse con él; pero aquellos insensatos respondieron á estas generosas ofertas yendo á atacar á Colon hasta su retiro. Los españoles que habian permanecido fieles á la causa del orden tuvieron que empuñar las armas. Los amigos del almirante defendieron con valor á su jefe. Sólo perdieron á uno de los suyos en esta triste lucha, y quedaron dueños del campo, despues de haber hecho prisioneros á los dos hermanos Porras. Los sublevados se echaron á los piés de Colon, quien, teniendo en cuenta sus padecimientos, los perdonó.

Finalmente, un año despues de la partida de Mendez y de Fieschi, apareció el navío, equipado por ellos á costa de Colon, para volver á su patria á los náufragos. El 24 de junio de 1504, se embarcaron todos los españoles, y abandonando la Jamáica, teatro de tantas miserias morales y físicas, se hicieron á la vela hácia la isla Española.

Al llegar Cristóbal Colon al puerto, despues de una buena travesía, fué muy bien recibido, con grande admiracion suya. El gobernador Ovando, como hombre hábil que no queria ir contra la opinion pública, hizo los honores al almirante. Pero estas favorables disposiciones no debian durar mucho tiempo. En breve volvieron á comenzar las murmuraciones y manejos. Entónces,

Colon, no pudiendo ni queriendo soportarlos por más tiempo, humillado y hasta maltratado, fletó dos buques, cuyo mando dividió con su hermano Bartolomé, y el 12 de setiembre de 1504, tomó por última vez el camino de Europa.

Este cuarto viaje habia enriquecido la ciencia geográfica con las islas Caimanes, Martinica, Limonares, Guanaja, costas de Honduras, de los Mosquitos, del Nicaragua, de Veragua, de Costa-Rica, de Porto-Bello, de Panamá, con las islas Mulatas y el golfo de Darien.

Todavía tuvo que sufrir otra tempestad Colon durante su última travesía del Océano. Su buque fué desmantelado, y su tripulacion tuvo que pasar con él al buque de su hermano. El 19 de octubre, un formidable huracan rompió el palo mayor de este buque el cual hizo en tal disposicion setecientas leguas con el aparejo imperfecto. Finalmente, el 7 de noviembre, entró en el puerto de San Lúcar.

Una triste noticia esperaba á Colon á su regreso. Su protectora la reina Isabel acababa de morir. ¿Quién pues se interesaria en adelante por el anciano genovés?

El rey Fernando, ingrato y envidioso, recibió friamente al almirante. No le escatimó ni las evasivas ni las dilaciones, esperando librarse de esta suerte de los tratados solemnemente firmados de su puño; y concluyó proponiendo á Colon una pequeña villa de Castilla,

Carrion de los Condes, á cambio de sus títulos y dignidades.

Tanta ingratitud y deslealtad abrumaron al ilustre anciano. Su salud tan profundamente alterada no volvió á restablecerse, y la tristeza le condujo rápidamente al sepulcro. El 20 de mayo de 1506 entregó su alma á Dios en Valladolid, á la edad de setenta años, pronunciando estas palabras : « Señor, en vuestras manos encomiendo mi espíritu y mi cuerpo. »

Los restos de Cristóbal Colon fueron depositados en el convento de San Francisco; despues, en 1513, fueron trasladados al convento de los Cartujos de Sevilla. Mas parece que no habia sonado la hora del descanso para el gran navegante ni aún despues de su muerte. En el año 1536 fué trasladado su cuerpo á la catedral de Santo Domingo.

La tradicion local dice que, despues del tratado de Bale en 1795, cuando el gobierno español, ántes de entregar á la Francia la parte oriental de la isla de Santo Domingo, mandó trasladar las cenizas del gran viajero á la Habana, un canónigo habia sustituido con otros restos los de Cristóbal Colon, depositando los de este hombre en el coro de la catedral á la izquierda del altar.

Merced al cambio hecho por este canónigo, movido ya por un sentimiento de patriotismo local, ya por respeto á la última voluntad de Colon, que habia elegido como

lugar de su sepultura la isla de Santo Domingo, merced á este cambio, decimos, no deben ser las cenizas de este ilustre navegante las que posee España en la Habana, sino probablemente las de su hermano Diego.

El descubrimiento hecho hace poco, el 10 de setiembre de 1877, en la catedral de Santo Domingo, de una caja de plomo que contenia huesos humanos y cuya inscripcion asegura que en ellos fueron encerrados los restos del *descubridor* de América, parece confirmar de todo punto la tradicion que acabamos de referir.

Por lo demas, que el cuerpo de Cristóbal Colon esté en Santo Domingo ó en la Habana, poco importa : su nombre y su gloria están en todas partes.

FIN



V47 1884

NE, JULES, 1828-1905.

RISTOBAL COLON, 1436-1506.



A0000101771

10177112



11 11

1



A000010177112